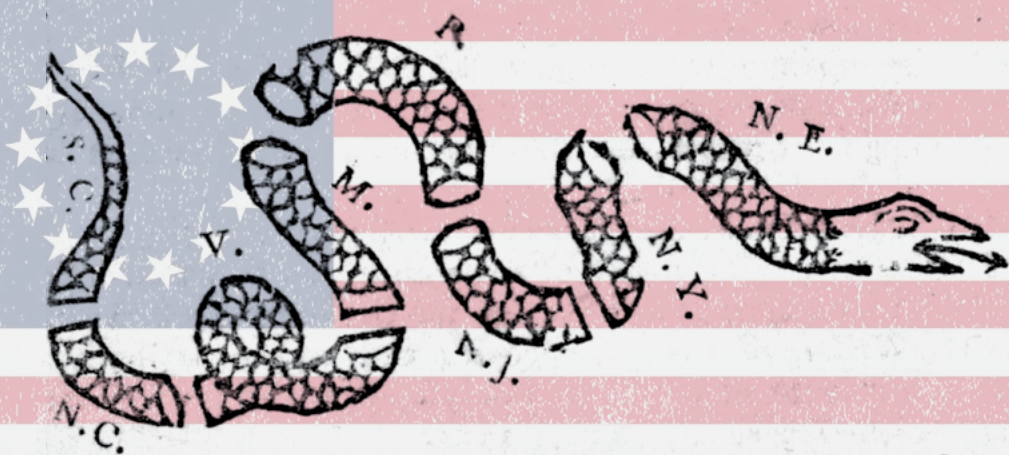


HOLGER HOOCK

*Las cicatrices  
de la  
Independencia.*



---

J O I N, or D I E.

EL VIOLENTO NACIMIENTO  
DE LOS ESTADOS UNIDOS

---

«Es difícil desvincular el relato de la Guerra de la Revolución de la visión romántica de la mitología nacional, pero Holger Hoock ofrece una notable corrección en *Las cicatrices de la independencia*, el primer libro que analiza el trágico y traumático papel de la violencia en el conflicto».

Andrew O'Shaughnessy, Universidad de Virginia,  
autor de *The Men Who Lost America*

«*Las cicatrices de la independencia* es una extraordinaria y completa historia de la Guerra de la Revolución que enfatiza en cómo dicho sangriento y destructivo conflicto afectó a las vidas de los hombres y las mujeres comunes. La narración de Holger Hoock va mucho más allá de la visión habitual de cómo fueron los Padres Fundadores a la guerra y nos muestra la violencia y el terror que vivieron los soldados y los civiles de ambos bandos. Un importante libro que deberían leer todos los que busquen comprender mejor la verdadera naturaleza de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos».

John Ferling, autor de *Whirlwind: The American Revolution and the War That Won It*

«La guerra es, por definición, violencia, pero el libro de Holger Hoock, con un estilo espléndido, es tal vez el primero que centra la atención en ella para entender la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Resalta algunos ejemplos de crueldad muy impactantes –en ambos bandos– en un relato que nos atrapa (aunque a veces nos revuelva el estómago). Todos los estudiosos de la Revolución estadounidense y de su guerra deberían leerlo».

Stephen Conway, University College London,  
autor de *The British Isles and the War of American Independence*

«[Una] nueva aproximación a un tema muy trillado [...]. Este volumen, respaldado por una profunda investigación y apoyado en unas notas muy completas, resultará interesante tanto para los estudiosos como para el público más amplio. El autor presenta su dura narración con un lenguaje vívido, pero sin caer en el efectismo [...]. Una visión meritoria y potente de la Revolución estadounidense tal como fue, no como nos gustaría recordarla».

*Kirkus Reviews*, reseña galardonada

---

# *Las cicatrices de la Independencia*

**EL VIOLENTO NACIMIENTO  
DE LOS ESTADOS UNIDOS**

Holger Hoock



Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos  
Hoock, Holger  
Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos / Hoock, Holger  
[traducción de Joaquín Mejía Alberdi].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021 – 576 p.; 23,5 cm – (Historia de América) – 1.ª ed.  
D.L.: M-4565-2021  
ISBN: 978-84-122213-1-2  
94(73) 316.485.26  
325.83 316.647.5

## **LAS CICATRICES DE LA INDEPENDENCIA**

El violento nacimiento de los Estados Unidos  
Holger Hoock

Título original:

*Scars of independence : America's violent birth*

*First published by Crown*

*This translation published by arrangement with Crown, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC.*

*All rights reserved*

Esta traducción se publica según el acuerdo con Crown, un sello de Random House, una división a su vez de Penguin Random House LLC.

Todos los derechos reservados.

© 2017, by Holger Hoock

ISBN: 978-0-8041-3728-7

© de esta edición:

*Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de los Estados Unidos*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-122213-1-2

D.L.: M-4565-2021

Traducción: Joaquín Mejía Alberdi

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Primera edición: abril 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2021 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Helen y  
Florian Frederick



DESPERTA FERRO

EDICIONES



# Índice

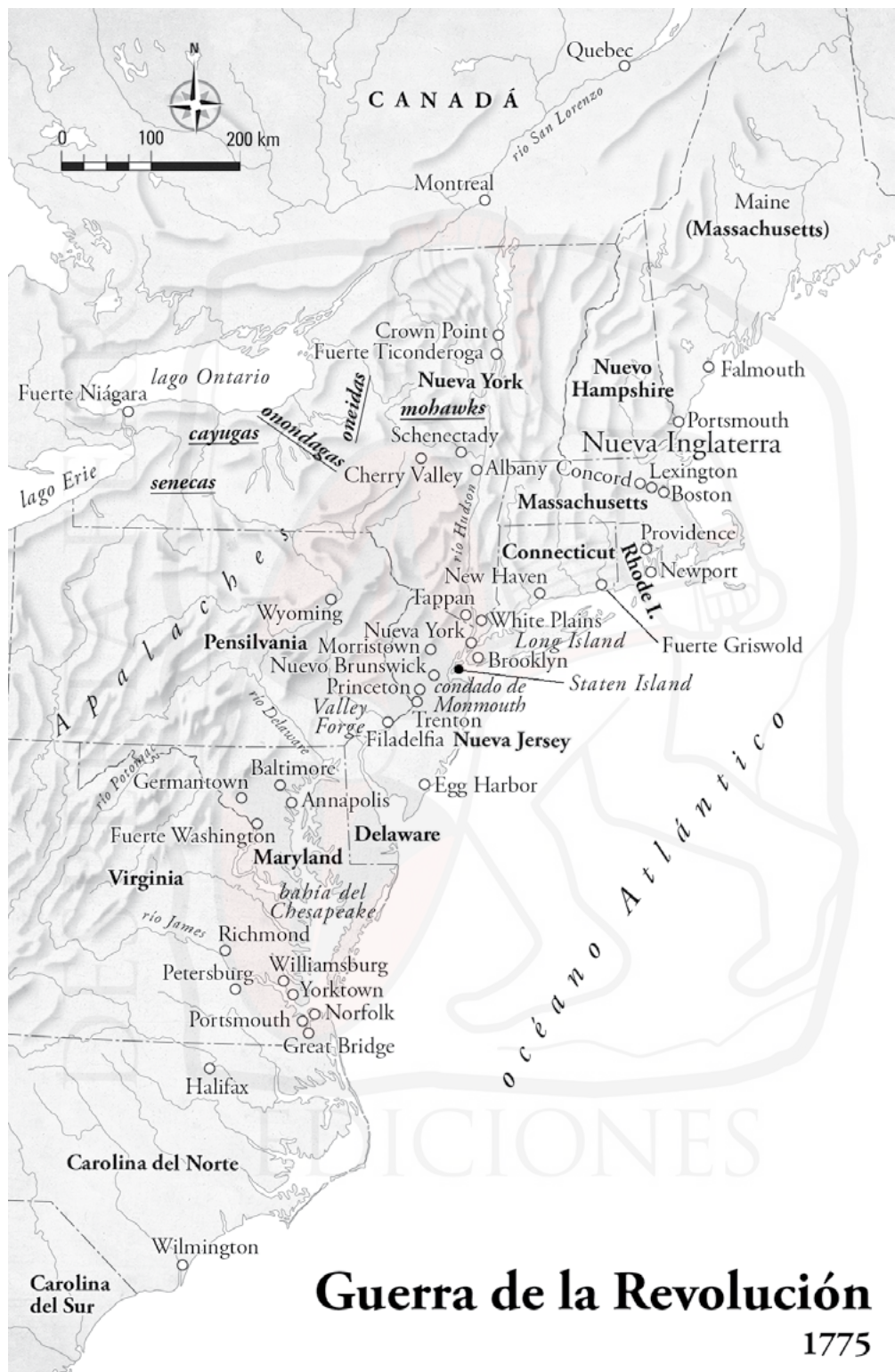


Mapas .....	VIII
Prefacio .....	XI
Introducción .....	XVII
<b>1</b> A la caza del <i>tory</i> .....	1
<b>2</b> El dilema de Gran Bretaña .....	39
<b>3</b> El Rubicón .....	77
<b>4</b> Los protectores saqueadores .....	127
<b>5</b> Cuerpos violados .....	155
<b>6</b> Mataderos .....	189
<b>7</b> Agujeros negros .....	225
<b>8</b> ¡Hacedlos rebanadas! .....	263
<b>9</b> Destructor de Pueblos .....	299
<b>10</b> La americanización de la guerra .....	325
<b>11</b> Hombre por hombre .....	365
<b>12</b> Los perdedores que regresaron .....	393
Epílogo .....	423
Bibliografía .....	447
Índice analítico .....	511
Créditos de las imágenes .....	525



# Las trece colonias

1775



# Guerra de la Revolución

1775



---

## Prefacio

*Las cicatrices de la independencia* es una historia sobre la violencia. Es el primer libro acerca de la Revolución estadounidense y la Guerra de la Revolución que centra su enfoque analítico y narrativo en la violencia. Como tal, cuenta la historia de los combatientes, de los prisioneros y de los civiles –fueran hombres o mujeres, célebres o poco conocidos– que experimentaron la violencia como ejecutores, como testigos o como víctimas. *Las cicatrices de la independencia* es también una historia de historias unidas por la violencia física y psicológica: relatos de persecuciones y de sufrimientos, de barbarie frente a civilización, de venganzas y de reconciliaciones. Los que vivieron aquella época tempestuosa crearon dichos relatos para justificar la brutalidad de sus actos y para ganar aliados a sus causas respectivas.

Al evocar la experiencia de la violencia en sus múltiples formas –y las reacciones físicas, emocionales e intelectuales de la gente que ha convivido con ella–, hemos de reconocer que las narraciones de actos de brutalidad y de sufrimientos tienen una gran fuerza retórica, aunque sea, como ha señalado la especialista Rachel Cleves, debido a que «el espectáculo de la violencia [...] nos repele y nos atrae a la vez». No hay duda de que las palabras crueles pueden ser tan dañinas como las armas. En mi búsqueda de la forma de escritura más apropiada para temas tan delicados, me ha resultado inspiradora una dolorosa y brillante historia de Marcus Rediker, *The Slave Ship*, y su advertencia de que no debemos caer en la «violencia de la abstracción», de limitarnos a relatar –y, por tanto, deshumanizar– «una realidad que debemos, por razones morales y políticas, comprender con exactitud». También Wayne E. Lee, especialista en la historia cultural de la guerra y la violencia, nos recuerda: «La historia académica

mica rara vez hace justicia a la sangre, el sudor, el miedo y los vientres destripados a causa de la violencia de la guerra. Por otro lado, las meras narraciones asépticas muy pocas veces abarcan la complejidad de las situaciones en las que los humanos llegan a desear matar o se ven obligados a morir». En este libro, escrito tanto para un público general como para colegas historiadores, he intentado exponer mis argumentos sirviéndome de narraciones y relaciones de episodios, así como del análisis abstracto. El libro se apoya en investigaciones archivísticas recientes llevadas a cabo a lo largo y ancho de Estados Unidos y el Reino Unido, así como en las fuentes impresas, y en un estudio profundo de la Revolución estadounidense. La obra sigue los contornos cronológicos básicos de la Revolución, pero no he intentado ofrecer una investigación completa de la misma ni de la guerra, ni tan siquiera de la violencia de dicho periodo. He preferido centrarme en las motivaciones clave de la violencia política y militar en la que participaron los patriotas y los lealistas anglonorteamericanos, los afroamericanos y los indios norteamericanos, y los británicos y sus tropas auxiliares alemanas.<sup>1</sup>

Durante más de dos siglos, este tema ha sido objeto de un blanqueamiento y de un proceso de memoria selectiva y olvido. Mientras que las gentes de entonces experimentaron la Revolución como algo amenazador, turbulento y divisivo, su omnipresente violencia y terror han fabricado una visión romántica del nacimiento de la nación. Al pintar ahora un crudo retrato de la violencia de la época revolucionaria, podemos ofrecer una nueva luz sobre cómo entendían sus luchas los que la vivieron y cómo los supervivientes y las generaciones posteriores han recordado y alterado la memoria del conflicto.



El deber final de un autor, antes de enviar un manuscrito a imprenta, es también el más agradable. Quiero mostrar mi profundo agradecimiento a las instituciones e individuos que han apoyado este proyecto. Por permitir mi investigación y mi labor de escritura, doy gracias al John W. Kluge Center de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos por la concesión de una beca Kluge, a la Library Company of Philadelphia y a la Historical Society of Pennsylvania por una beca de investigación internacional sobre la historia y cultura de Estados Unidos concedida por la Barra Foundation, a la Massachusetts Historical

Society por una beca de la Massachusetts Society of the Cincinnati, a la New York Public Library y a la David Library of the American Revolution por becas de investigación, al Institute for Advanced Studies of the University of Konstanz por una beca de visita de posgrado, y a la Universidad de Friburgo y al centro SFB 948 por el puesto de profesor visitante. Por hacer mis estancias en esas instituciones productivas y placenteras, doy las gracias, en especial, a Carolyn Brown, James N. Green, Meg McSweeney, Conrad E. Wright, Ulrich Gotter, Ronald Asch y Ralf von den Hoff, así como al personal a su cargo, y también a los colegas con los que conviví. Hice una primera elaboración de varios aspectos de los capítulos 5, 8 y 10 en «Rape, *ius in bello*, and the British Army in the American Revolutionary War», publicado en el *Journal of Military Ethics* (2015), así como en «Mangled Bodies: Atrocity in the American Revolutionary War», en *Past & Present* (2016).

Numerosos colegas y amigos han tenido la bondad de intercambiar sus pareceres sobre mis propuestas, de leer borradores de capítulos, de compartir ideas y de ofrecer sugerencias. Entre ellos están Susanne Berthold, Katherine Boo, Shelley Bookspan, John Brewer, Richard Caplan, Erica Charters, Joshua Civin, Linda Colley, Chiara Cordelli, Martin Daunton, Barbara Donagan, Tim Duggan, Philip Dwyer, Heather E. Ewing, Bill Foster, Niklas Frykman, Peter Ginna, Ulrich Gotter, Lara Heimert, Julia E. Hickey, Joanna Innes, Maya Jasanoff, Jane Kamensky, Wayne E. Lee, Elizabeth Loudon, Wm. Roger Louis, Jürgen Luh, Nino Luraghi, Peter Mandler, Holly Mayer, Michael McDonald, Rana Mitter, Bruce Nichols, Marcy Norton, Andrew O'Shaughnessy, Ed Papenfuse, Sarah Pearsall, Will Pettigrew, Todd Reeser, Daniel Richter, Rob Ruck, Hannah Smith, Stella Tillyard, Jen Waldron y Molly Warsh. Stephen Conway y Paul Halliday han tenido la generosidad de revisar partes significativas del manuscrito. Mis planteamientos también se han beneficiado de las preguntas y comentarios planteados en seminarios y conferencias, por ejemplo, en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en la Yorktown Victory Foundation, la Huntington Library, la McGill University, así como en las universidades de Constanza, Oxford y Pittsburgh.

En la Pittsburgh University he tenido la fortuna de trabajar bajo las direcciones sucesivas de Marcus Rediker, Reid Andrews y Lara Putnam, y de disfrutar de colegas inspiradores como, entre muchos otros, Jonathan Arac, Sy Drescher, Janelle Greenberg, Diego

Holstein, Patrick Manning, Pernille Røge, Bruce Venarde y Molly Warsh, y también de los especialistas de la iniciativa de estudios del siglo XVIII. Estoy muy agradecido a mis afanados ayudantes de investigación: Ashley Blakeney, Mirelle Luecke, Luke Martinez, Katie Parker y Steve Pitt. Marcus Rediker ha sido un modelo de compañerismo generoso entre investigadores. Me brindó críticas constructivas desde el principio al fin del manuscrito, me animó cuando la navegación se puso complicada y, a lo largo de todo el proceso, conservó su fe en mí y en el libro. Tengo una deuda especial con mi decano, N. John Cooper, por su apoyo generoso y creativo, y por alentar un entorno en el que pude compatibilizar mis obligaciones hacia el departamento con otras, a la vez que me encargaba de la edición del *Journal of British Studies* y la escritura de este libro.

Mi agente, Susan Rabiner, ha sido una interlocutora comprensiva y una defensora maravillosa que creyó en este proyecto y en su autor desde el principio y que les encontró a ambos un excelente hogar en Crown Publishers. He tenido el gran privilegio de trabajar con Amanda Cook, extraordinaria editora, cuyas detalladas cartas editoriales –auténticas joyas fruto de una lectura exigente y constructiva– me guiaron a través de sucesivas revisiones. Emma Berry ha sido una excelente editora asociada, cuyo fino ojo para el detalle y agudo oído para el ritmo y el tono han mejorado el texto de forma inconmensurable. En la citada editorial, también estoy agradecido a Molly Stern, su directora, que apoyó este libro durante todo el proceso; a los editores, diseñadores y encargados de producción que ayudaron a que el manuscrito acabara tomando la forma de un atractivo libro, en especial a Craig Adams, David Chesnow, Jon Darga, Sally Franklin, Elena Giavaldi, Elizabeth Rendfleisch y Anna Thompson; y a los equipos de mercadotecnia y publicidad dirigidos por Kevin Callahan, Sarah Grimm, Rachel Rokicki y Alaina Waagner, que están presentando el libro a sus lectores.

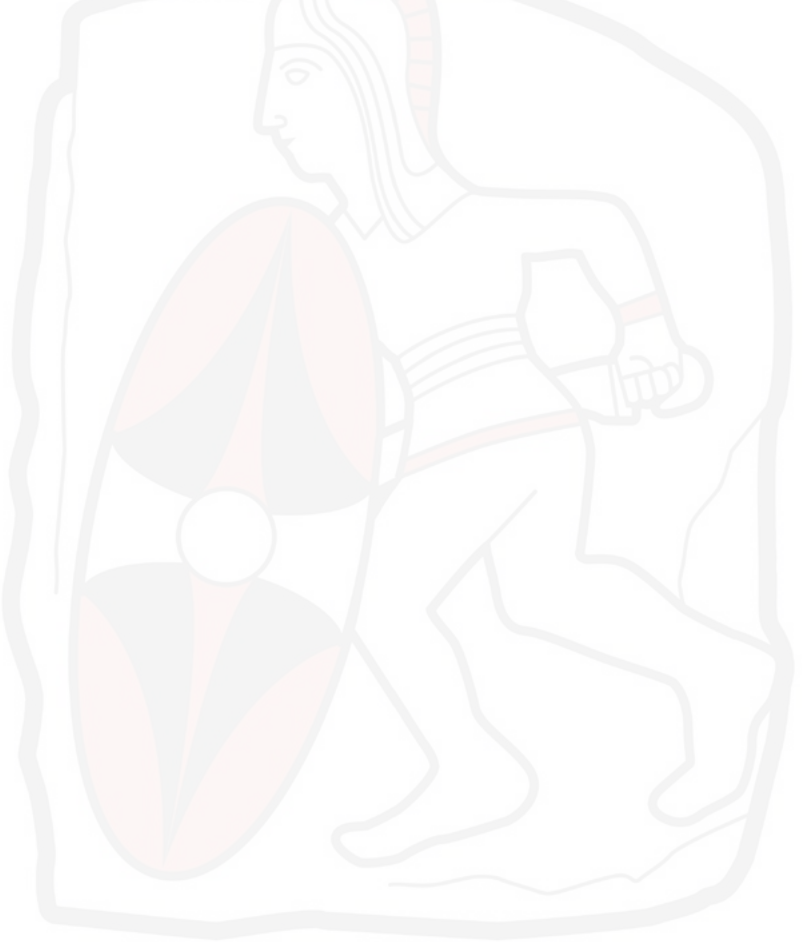
Los dedicatarios del libro han vivido con él tanto como han vivido conmigo. Helen apoyó amorosamente mi investigación y mi trabajo de escritura de mil maneras, me permitió poner a prueba la validez de mis argumentos y me ofreció su perspectiva de psicóloga. La llegada de Florian Frederick, nueva incorporación nacida en Estados Unidos, a nuestra familia anglo-alemana, en medio del proyecto, tal vez ralentizó su conclusión un poco, pero ya ha enriquecido mi vida inmensamente. Este libro es para ellos.

Pittsburgh, 4 de julio de 2016

—  
*Notas*

1. Cleves, R. H., 2009, 13, 15 (cita); Rediker, M., 2007, 12, referente al novelista Barry Unsworth; Lee, W. E., 2011, 11.

DESPERTA FERRO



EDICIONES



Plano de la villa de Boston con los atrincheramientos, etc., de las fuerzas de Su Majestad en 1775, a partir de las observaciones del teniente Page del Cuerpo de Ingenieros de Su Majestad y de otros caballeros (Londres, 1777), de sir Thomas Hyde Page.



## *Introducción*

Al caer la noche, el lunes 5 de marzo de 1770, pequeños grupos de bostonianos armados con porras cargadas con plomo, garrotes y alfanjes comenzaron a acosar a los oficiales y soldados británicos que encontraban solos por las calles de la ciudad. En otro lugar de la población, unos soldados amenazaron y atacaron a varios civiles. Corría el rumor de que un sargento desaparecido había sido asesinado y de que una tropa había apaleado a un vendedor de ostras. A eso de las ocho, unos individuos enfurecidos se enfrentaron a unos casacas rojas en el exterior de Murray's Barracks, una refinería de azúcar situada en Draper's Alley y Brattle Street, donde se acuartelaban efectivos del Ejército del Rey. Varias docenas más se habían reunido en Dock Square, el corazón comercial del antiguo Boston, en las cercanías del puerto. Muchos de ellos eran marineros que esgrimían palos y bastones; algunos arrancaron las patas de las mesas de los puestos del mercado. Al pasar unos grupos ante la casa de un importador que no había secundado el boicot a las mercancías británicas, una lluvia de bolas de nieve y de pedazos de hielo arremetió contra las cristalerías. El viernes anterior, el 2 de marzo, una trifulca que desde hacía tiempo se había convertido en algo habitual, provocada por la escasez de trabajo, había desembocado en un choque violento entre docenas de trabajadores y soldados fuera de servicio en la cordelería de John Gray, al sur de Milk Street. El sábado hubo más escaramuzas y, aunque todavía no había muerto nadie, al llegar el lunes tanto soldados como civiles tenían ganas de pelea.<sup>1</sup>

Poco después de las nueve, las campanas repicaron por toda la ciudad: primero en la iglesia de Battle Square, al poco en la llamada Old Brick Church, en el oeste, y luego también en la de Old South. Era costumbre que este tañer de campanas nocturno sirviera para dar

la alarma sobre algún incendio. Aquella noche, cercano ya el final del invierno, un gran número de vecinos salió a toda prisa de sus hogares con la intención de mover las máquinas apagafuegos y llevar sacos y cubos a través de las calles cubiertas de hielo, mientras las bandas armadas comenzaban a converger hacia el centro de la ciudad. Guiados por la luz de la luna creciente, los grupos formaron una multitud que aumentaba con rapidez ante la Casa de Aduana, en la esquina norte de King Street (actual State Street) y de la Royal Exchange Lane. El joven Benjamin Davis pronto se dio cuenta de lo que sucedía: «No hay fuego. Son los soldados que luchan».

Fuera de la Casa de Aduana, el imponente edificio de ladrillo donde se guardaban los archivos de la aduana y la recaudación de las tasas, una muchedumbre cada vez mayor de varios centenares de individuos se encaraba a 9 soldados británicos. Antes, cuando habían comenzado a sonar las campanas, Thomas Preston, el capitán irlandés de cuarenta años que estaba de servicio en aquel momento, había allegado al lugar a 1 cabo y 6 granaderos del 29.º Regimiento de Infantería desde el cercano puesto de guardia principal. El destacamento había pasado entre el aluvión de gente alborotada con la intención de apoyar al soldado Hugh White, el único centinela británico que protegía la Casa de Aduana. White había golpeado a un aprendiz de peluquero con su mosquete, después de que el muchacho hubiera hostigado a un oficial británico. Al poco, la creciente multitud comenzó a lanzarle bolas de nieve y a insultarlo, lo que le hizo temer por su seguridad. Ahora había retrocedido y formaba, con los altos granaderos, un semicírculo defensivo de espaldas al edificio, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Muchos integrantes de la masa también iban armados: sus armas eran variadas, desde los palos que algunos llevaban blandiendo toda la tarde hasta los cuchillos y las espadas de cesta escocesas que otros habían escondido bajo sus abrigos antes de salir a la calle aquella noche. Cuando menos, tres de aquellos hombres, así como tres de los soldados a los que se enfrentaban, ya habían intercambiado golpes en la cordelería la semana anterior.

El lugar de su renovado encuentro, la Casa de Aduana, simbolizaba el detestado sistema imperial de impuestos que Gran Bretaña les había endosado a sus trece colonias de la costa del Atlántico después de su victoria en la Guerra de los Siete Años, en 1763. Gran Bretaña quería que las colonias contribuyeran a sufragar los gastos desembolsados durante el pasado conflicto y también los de su futura defensa. También que aportaran fondos para la manutención de un ejército de



10 000 soldados británicos apostado en Norteamérica. Durante años, Massachusetts había encabezado la oposición a estas nuevas políticas imperiales, tanto por vías legales como extralegales. Los bostonianos protestaron contra la Ley del Timbre (Stamp Act) que había establecido un nuevo impuesto a todo tipo de papel impreso. Después de que dicha ley fuera rechazada, arremetieron contra las Leyes de Townshend (Townshend Acts) que creaban tasas sobre productos de importación como el cristal, el plomo y el té. Hicieron una petición al gobierno imperial y persuadieron a once colonias para que boicotearan las importaciones de Gran Bretaña. Una multitud de hombres y mujeres se amotinaron, dañaron propiedades e intimidaron e hirieron a funcionarios de aduanas y a individuos que no se plegaron al boicot. Apenas un mes antes de los sucesos de nuestra narración, una muchedumbre de un millar de personas había asediado la casa de un informante de la aduana que había delatado a algunos de sus paisanos norteamericanos por violar la normativa de impuestos imperial. Al disparar este individuo contra aquella masa de gente, un niño de once años se convirtió en mártir de la causa.<sup>2</sup>

El punto de inflexión había tenido lugar en 1768. Entonces, el gobierno británico envió varios miles de soldados a Boston a proteger el sistema de recaudación de impuestos. Esta demostración de poder militar, similar a la efectuada antes en Irlanda o en Escocia, fue un movimiento de la Corona que se percibió como una provocación. En una población urbana de 15 000 o 16 000 personas, el número de soldados llegó a ser similar al de vecinos de raza blanca de más de dieciséis años. La circunstancia de que entre los soldados abundaran los irlandeses tampoco contribuyó a la paz. Además, el espectáculo de que los tambores afrocaribeños que servían en los regimientos británicos fueran los encargados de administrar los latigazos disciplinarios a los soldados blancos, en el campamento situado en el Common\*, ofendió al sentido del orden social y racial de los bostonianos.<sup>3</sup>

Los soldados británicos no estaban acuartelados solo en barracones, sino también en casas particulares y en almacenes. El ejército situó centinelas en el exterior de los edificios públicos. Se establecieron puntos de control en los que se interrogaba a los transeúntes y se registraban los equipajes. Los soldados borrachos aumentaron los delitos menores y la prostitución. Los casacas rojas apalearon a unos

\* N. del T.: El Common bostoniano era un área de pasto de uso común que con el tiempo se convertiría en un parque. Durante el periodo del relato las tropas británicas establecieron un campamento en el mismo.

vecinos varones, y algunas mujeres sufrieron intentos de raptó y de agresiones sexuales. La tropa fuera de servicio competía, además, con los trabajadores del puerto por los escasos empleos disponibles, lo que provocó violentos altercados como el sucedido en la cordelería. Los lugareños hostigaban de forma habitual a los casacas rojas, arrojando piedras a los detestados «bloody backs»\*. Estos no fueron capaces de impedir del todo los ataques contra los funcionarios de aduanas y sus informadores. Lo cierto es que las tropas, a la vez que servían como demostración de la fuerza imperial, también simbolizaban la erosión de la autoridad de Londres. Tal como Benjamin Franklin había predicho durante una consulta reciente en la Cámara de los Comunes, las tropas británicas enviadas a Norteamérica no se encontrarían con «una rebelión; pero puede que la provoquen».<sup>4</sup>

Aquella noche de principios de marzo, John Adams, un ambicioso abogado de Braintree que se había mudado con su joven familia a Boston en 1768, describió los sonidos de la rebelión cerca de la Casa de Aduana: «[...] la gente gritando, dando voces y silbando, algo que, si lo hace un muchacho en la calle, no es cosa que llame la atención, pero que si lo hace una multitud es un griterío que llena de espanto, casi tan terrible como el alarido de los indios». La turba atosigaba a los casacas rojas: «¡Venga, rufianes, malditos espaldas sangrientas, escoria, disparad si os atrevéis, malditos! ¡Disparad y malditos seáis; sabemos que no os atreveréis!». Bien sabían que solo los magistrados civiles podían autorizar a los soldados el empleo de la fuerza para dispersar a una multitud reunida de forma ilegal. También que era improbable que los magistrados de Boston respaldaran el empleo de dicha fuerza en aquel clima político. Lo que tal vez no advirtieron es que todo soldado que temiera por su vida de forma inminente tenía también derecho a disparar en defensa propia.<sup>5</sup>

Entonces, el capitán Preston, desesperado por calmar los caldeados ánimos, les pidió a los civiles que se dispersaran. A continuación, sonó un disparo. Momentos antes, uno de los granaderos había sido alcanzado por un objeto. Al parecer, una bola de nieve, o un pedazo de hielo o de madera de corteza blanca, le había golpeado a él o al cañón de su mosquete. Según la mayoría de los testimonios posteriores, el soldado resbaló en el hielo; según algunos, el arma se le escapó de las manos durante unos momentos. Tras levantarse y recuperarla, hizo un

\* N. del T.: Denominación arcaica empleada para referirse a los soldados británicos. Lit., «espaldas sangrientas», tal vez porque eran objeto de castigos corporales con relativa frecuencia.

disparo, bien fuera de forma deliberada o por accidente. No parecía que nadie hubiera resultado herido. Hubo una breve pausa en la que muchas personas de la muchedumbre corrieron en busca de refugio. Sin embargo, algunos avanzaron hacia los soldados y parece que uno o dos llegaron, incluso, a intentar arrebatarles sus mosquetes. Varios tambores de la milicia de Boston comenzaron a batir el toque de llamada. Un individuo de la multitud se fue contra el soldado que había disparado. En la refriega, el asaltante golpeó con dureza el brazo de Preston con una porra. En aquel momento los granaderos abrieron fuego.

Para cuando Preston consiguió detener los disparos, tres hombres yacían muertos en la nieve, otros dos agonizaban y media docena más habían resultado heridos. Una bala había alcanzado al fabricante de cuerda Samuel Gray, «entrando por su cabeza y reventando una gran parte de su cráneo». Por entre el chorro de sangre, un testigo adivinó un hueco «tan grande como mi mano». Crispus Attucks, un antiguo esclavo de cuarenta y siete años y ascendencia nativa norteamericana y africana, que estaba en Boston de paso, fue derribado por dos balas en el pecho, una de las cuales le «perforó el lóbulo derecho de los pulmones y gran parte del hígado de la forma más horrorosa». Dos balas mataron a James Caldwell, marino mercante. El aprendiz Samuel Maverick, de diecisiete años, recibió en el estómago una bala que había rebotado en una pared. Aunque un doctor pudo después extraer el proyectil, el adolescente falleció durante la mañana. Patrick Carr, inmigrante irlandés de treinta años que trabajaba a sueldo para un fabricante de calzones de cuero, fue impactado por una bala de mosquete que, con toda probabilidad, disparó algún paisano suyo irlandés. La bala «le entró por la cadera derecha, se llevó parte de la columna vertebral e hirió de gravedad el hueso de la cadera». Carr murió diez días más tarde.<sup>6</sup>

Henry Prentiss había supuesto, en un primer momento, que las armas de los soldados no estaban cargadas. Sin embargo, al ver como caían los hombres a su alrededor, comprendió que estaba siendo testigo de «una escena más trágica que cualquier otra que los ojos de los americanos hubieran presenciado hasta entonces [...] ver la sangre de nuestros conciudadanos saliendo de las tripas como agua».<sup>7</sup>



Al llegar la primavera de 1770, los anglonorteamericanos habían desarrollado ya un profundo sentimiento de agravio contra un imperio que les cobraba impuestos sin su permiso y que les enviaba un ejército

en época de paz. Desde Rhode Island hasta el Sur, los colonos intimidaban a los funcionarios de aduanas y dañaban propiedades ajenas. En 1768, los comerciantes de Boston, Nueva York y Filadelfia habían renovado su decisión de no importar mercancías británicas, medida a la que pronto se unieron Virginia, Maryland y Carolina del Sur. Aunque Gran Bretaña había finalmente rechazado en parte las Leyes de Townshend por efecto del boicot, el impuesto sobre el té, que era el que recaudaba las mayores sumas de dinero, seguía vigente. Ante la próxima llegada de tropas imperiales, el concejo ciudadano de Boston convocó una reunión ilegal de todas las poblaciones de Massachusetts, las cuales se apresuraron a condenar «el reclutamiento o la conservación de un ejército permanente» sin la aprobación del pueblo. Por tanto, en 1770, las poblaciones vecinas de Boston ya estaban prestas a sumarse a cualquier escalada posible de la crisis que se estaba cocinando. Además, lo que fuera a suceder en Boston resonaría por todas las colonias.<sup>8</sup>

Aquella noche de marzo, tras extenderse por la ciudad la noticia de los disparos mortales, las campanas de las iglesias sonaron de nuevo. Los líderes políticos de la ciudad se dispusieron a convocar a miles de hombres que estaban esperando en las poblaciones circundantes la señal para acudir a enfrentarse a los casacas rojas. Al mismo tiempo, el sonido de la llamada a las armas de los tambores británicos despertaba a los soldados, que acudían a la emergencia por toda la ciudad. En su deseo de llegar al centro de la misma, algunos de ellos blandieron sus espadas para abrirse paso a través de las multitudes hostiles; de hecho, unos cuantos recibieron golpes de ciudadanos furiosos. El vicegobernador Thomas Hutchinson, que había acudido a toda prisa a la escena de los disparos, consiguió al fin calmar la situación dirigiéndose a los bostonianos desde un balcón situado en un primer piso: el imperio de la ley prevalecería, se realizaría una investigación exhaustiva y ellos debían dispersarse en paz. La mayoría hizo lo que se les pedía, pero varios centenares de individuos se quedaron hasta la madrugada, mientras se efectuaban unas primeras pesquisas. A las tres de la mañana, el capitán Preston fue puesto bajo vigilancia; a la mañana siguiente, los ocho soldados también fueron arrestados y encerrados en una celda. La señal luminosa convenida para llamar a más colonos armados a Boston no llegó a encenderse nunca y esa noche no hubo más disparos violentos.<sup>9</sup>

Los participantes y los testigos comprendieron, sin tardanza, la relevancia de lo que había ocurrido en King Street. Durante las semanas

siguientes, ambos bandos intentaron modelar el relato de los sucesos de aquella tarde de cara a ganar la batalla de la opinión pública. Para ello se sirvieron de los testimonios que solicitaron a vecinos del lugar y a soldados. Las autoridades de la ciudad acusaron a los británicos de seguir un patrón de opresión y de crueldad contra los ciudadanos inocentes que había alcanzado su punto cumbre en la confrontación más sangrienta de las habidas hasta entonces, a la que no tardaron en bautizar como «la sangrienta masacre». Los relatos probritánicos, en cambio, subrayaron la naturaleza premeditada del incidente, en el que civiles armados instigaron a los soldados a la lucha con la intención de provocar su eventual retirada. La mañana posterior a los hechos, los británicos comenzaron, de hecho, a evacuar a sus tropas, aunque solo fue a unos pocos kilómetros de distancia, al acuartelamiento de Castle Island. El funcionario colonial Andrew Oliver percibió la complejidad de la situación: «Es difícil establecer quiénes fueron los agresores». Oliver, entonces postrado por la gota, reflexionaba así: «los informes de los muertos y heridos dibujaron en mi imaginación todos los horrores de una guerra civil».<sup>10</sup>

Una semana después de los disparos, el 12 de marzo, la *Boston Gazette* publicaba el relato antibritánico que alcanzó mayor repercusión. Boston, según informaba el periódico, había experimentado «una situación traumática: la sangre de nuestros conciudadanos corría como el agua por King Street y Merchants Exchange». Dicha historia no tardó en reimprimirse en otras colonias, donde el resentimiento contra el despótico imperio ya se venía larvando, y también se reprodujo en la prensa británica. El artículo, resaltado por gruesos bordes negros, también refería los funerales de los cuatro primeros mártires de la masacre, a los que asistieron más de diez mil personas, y estaba ilustrado con una xilografía en la que se veían cuatro ataúdes con las iniciales de los asesinados, tibias y calaveras, un reloj de arena y una guadaña.<sup>11</sup>

Aunque pocos se acordarán, hoy día, de la crónica en prosa publicada en la *Boston Gazette*, es probable que la mayor parte de los estadounidenses y muchos británicos hayan visto alguna vez la célebre representación de la sangrienta masacre creada por Paul Revere. Este platero y grabador bostoniano adaptó una composición de Henry Pelham para producir una brillante y polémica obra visual que divergía en varios aspectos de la realidad. El grabado, puesto a la venta apenas tres semanas después del suceso, nos muestra una multitud desarmada nutrida solo por caballeros bien vestidos de raza blanca (y una preocupada



*La Sangrienta Masacre perpetrada en King Street, Boston, el 5 de marzo de 1770 por un grupo del 29.º Rgto. (Boston, 1770), de Paul Revere.*

mujer ataviada con un chal), en lugar de mostrar la verdadera y abigarrada muchedumbre que allí se reunió, que se dedicó a lanzar proyectiles y que estaba formada por muchachos y trabajadores de los muelles y por aprendices y operarios, en la que también se contaban inmigrantes y antiguos esclavos. Al mencionado grupo se le enfrentan siete agresivos soldados británicos dispuestos como un pelotón de fusilamiento. Un francotirador ha descargado su arma desde una ventana de la Casa de Aduana, hoy también conocida como la Sala del Carnicero (Butchers Hall). Los colonos que adquirirían la estampa a menudo encargaban colorearla a mano, de modo que el rojo de los uniformes hiciera juego

con la sangre que brotaba de las heridas de las cabezas, los pechos y los vientres de las víctimas.<sup>12</sup>

Las autoridades británicas retrasaron los juicios del capitán Preston y sus hombres hasta el otoño, con la esperanza de que para entonces se hubieran templado los ánimos. John Adams, respaldado por los Hijos de la Libertad\* (Sons of Liberty), accedió a servir de abogado de los soldados acusados: en su opinión, todo individuo merecía un juicio justo. Adams argumentó que los casacas rojas habían actuado en defensa propia ante una masa provocadora; como mucho, los soldados eran culpables de homicidio, no de asesinato. Aludió a las limitaciones de los soldados que se ven obligados a ejercer funciones de antidisturbios urbanos: «Los soldados acuartelados en una populosa población siempre provocarán dos turbas dondequiera que eviten una. ¡Son unos pésimos preservadores de la paz!». El jurado absolvió a Preston y a seis de los soldados. Los dos hombres condenados por homicidio pidieron que se les redujera la pena por ser su primera condena, lo que permitió conmutarles la pena capital. Quedaron libres después de que les marcaran a fuego los pulgares.<sup>13</sup>

Durante los años siguientes, los pensamientos de John Adams volvieron en repetidas ocasiones a aquella tarde violenta y crucial. El recuerdo de la Masacre de Boston se convirtió en un evento que se conmemoraba cada año, en el que no faltaban las plegarias, la exposición de reliquias y los paseos guiados por el lugar donde había corrido la sangre. En el tercer aniversario, en 1773, Adams recordó la ansiedad que le produjo encargarse de la defensa legal de los soldados británicos. Por otro lado, se enorgullecía de haber servido para garantizar que los acusados recibieran un juicio justo: había sido «una de las Acciones más caballerosas, generosas, valientes y desinteresadas de toda mi Vida». Había rendido un servicio de verdadero patriotismo, ya que una sentencia de muerte «habría sido una odiosa Mancha sobre este País, igual que, antiguamente, las Ejecuciones de Cuáqueros o de Brujas». En su diario, Adams anotó: «[...] según la Evidencia, el Veredicto fue exactamente correcto». Sin embargo, no había «razón alguna para que la Ciudad no llamara Masacre a la Acción de aquella Noche».<sup>14</sup>

Las reflexiones de Adams tal vez suenen contradictorias, pero revelan la razón por la que la Masacre de Boston ha conservado su fuerza simbólica a lo largo de los siglos. Los disparos habían sido el producto

\* N. del T.: Los Hijos de la Libertad (Sons of Liberty) eran una organización secreta dedicada a la defensa de los derechos de los colonos y a luchar contra la implantación de impuestos en las trece colonias británicas de Norteamérica.

no planeado de la violencia de la opresión imperial al chocar con la violencia de la resistencia de los colonos. Para quienes vivieron los años de la revolución y la guerra, las heridas sufridas por once hombres aquella noche –heridas que presagiaban las lesiones traumáticas o letales que pronto sufrirían decenas de miles– se convertirían en la metáfora de las heridas abiertas de los norteamericanos con los demás súbditos del mismo imperio a ambos lados del Atlántico. Para los revolucionarios, las muertes de King Street simbolizaron la resistencia de los norteamericanos ante la irracional crueldad británica. Dicho argumento era falso, tal como Adams demostró ante un tribunal, pero, sin embargo, tuvo éxito. En 1786, Adams, que entonces servía en el puesto de primer embajador de los Estados Unidos en la Corte de Saint James, resumió el complejo legado del acontecimiento en una osada afirmación: «Aquella noche se pusieron los cimientos de la independencia americana».<sup>15</sup>



Un cuarto de milenio después, en la memoria popular sobre la Revolución estadounidense, la Masacre de Boston es una especie de anomalía: es un suceso violento que sí reconocemos y recordamos. Sin embargo, la Revolución también fue violenta en formas que no recordamos, o que no podemos llegar a imaginar, porque se les ha puesto una sordina o incluso porque han sido borradas por completo del relato convencional. Aunque desde el siglo XVIII se haya invocado a la Revolución estadounidense, una y otra vez, en defensa de todo tipo de causas –el ejemplo actual más prominente tal vez sea la oposición del Tea Party a la reforma del sistema de protección sanitaria–, su violencia inherente se ha minimizado a menudo. El resultado ha sido que se ha perpetuado una narración en exceso sentimental de la guerra que dio origen a los Estados Unidos. Incluso los retratos de los hambrientos y desharrapados soldados de George Washington, que nos los muestran tiñendo con sus pies de rojo la nieve de Valley Forge, son la evocación nostálgica de unos mártires, y no la representación de unos guerreros curtidos en batalla. La memoria popular estadounidense sobre esta época tiende a centrarse en unos admirables hombres blancos que debatían sobre la independencia en unas reverenciadas salas de Filadelfia, o en Mount Vernon y Monticello\*, «como si la guerra –escribe el historiador Edward Larkin (y nosotros añadiríamos,

\* N. del T.: Mount Vernon y Monticello eran los nombres de las plantaciones y residencias respectivas de George Washington y de Thomas Jefferson.



como si la violencia ejercida de unos norteamericanos sobre otros)– fuera solo algo coincidente o secundario a la Revolución». <sup>16</sup>

Hay buenas razones que explican por qué los estadounidenses pintan su revolución y su guerra de independencia como una historia heroica e inspiradora, como el triunfo de unos ideales elevados frente al abuso imperial, como una lucha unida y unificadora para construir una nación que desembocó en unos Estados Unidos libres e independientes. Sin embargo, al optar por lo anterior, corren el riesgo de ignorar lo que aquellos hechos tuvieron de divisivos y de violentos. Para comprender la Revolución y la guerra –el propio nacimiento de la nación– debemos devolver la violencia, en todas sus formas, al relato. Ese es el objetivo de mi libro.

Con el término «violencia» me refiero al empleo de la fuerza física con la intención de matar, herir o causar daños a personas o a propiedades. También a la violencia psicológica, es decir, el empleo de amenazas, de tácticas de amedrentamiento, humillación y brutalidad para introducir el temor en la gente e influir en su conducta y sus decisiones. Los patriotas norteamericanos se sirvieron, para forzar el éxito interno de su revolución, de campañas de terror contra los lealistas. Los patriotas defendieron la independencia de su nueva nación ante el Imperio británico en la guerra de mayor duración que ha tenido lugar en Norteamérica. Los patriotas trataron de ganar esa guerra estableciendo una distinción entre formas válidas e ilegítimas de violencia. Lo hicieron de maneras que se amoldaban a sus ideales políticos: buscaron ganar la guerra moral –que corría paralela con la que se libraba en los campos de batalla– subrayando la brutalidad del enemigo y, a la vez, intentando no sobrepasar los límites que permitían las normas de la guerra mayoritariamente aceptadas en la época. Después de una década de guerra civil, la violencia adicional que se ejerció contra los perdedores de la Revolución complicó el tránsito a una paz que asentara la nación. Cuando, al final de la guerra, los estadounidenses siguieron divididos sobre los usos aceptables de la violencia y los límites de esta, se hizo patente que las heridas que habían infligido y soportado –físicas, psicológicas y metafóricas– habían conformado, en lo más hondo, la naturaleza, el resultado y el legado de su conflicto fundacional. <sup>17</sup>

Mi curiosidad sobre la violencia de la era de la Revolución comenzó hace una década, mientras investigaba para la redacción de mi libro anterior, *Empires of the Imagination* [Imperios de la imaginación]. Al estudiar ejemplos de obras de arte del siglo XVIII, encontré una serie de monumentos erigidos a lealistas norteamericanos en iglesias y

catedrales de distintos lugares de Inglaterra. Estos iban desde pequeñas lápidas situadas en iglesias regionales hasta un notable sarcófago de mármol que se halla en la abadía de Westminster, pero siempre con un elemento común: todos contaban historias de lealistas norteamericanos que habían sido tratados de forma brutal, perseguidos, desposeídos y finalmente expulsados del país con temor de perder la vida. Todos estos restos conmemorativos, que evocaban una época en la que no había «apenas [...] un pueblo de Inglaterra en el que no hubiera algún rastro de América», hablaban de la violencia psicológica y física infligida sobre individuos que se habían opuesto a la Revolución.<sup>18</sup>

Aquellas terribles historias de persecución y sufrimiento se me quedaron grabadas, sobre todo, porque eran difíciles de reconciliar con la narración convencional de la Revolución como un acontecimiento medido y, en gran medida, no violento. Deseoso de revelar las historias que escondían aquellos vestigios conmemorativos, acudí a los archivos y descubrí que muchas de las narraciones detalladas que los lealistas habían compuesto durante la guerra, e inmediatamente después, reforzaban lo que había visto. Dichos informes describían escenas de humillación, amedrentamiento, tortura e, incluso, algún que otro linchamiento. Sin embargo, los estudiosos habían prestado escasa atención a estos actos violentos entre norteamericanos. Quienes vivieron la Revolución se refirieron a ella como una guerra civil, y escritores del pasado siglo se han expresado a veces en términos similares. Sin embargo, la mayoría del público estadounidense, e incluso muchos historiadores, aún parecen remisos a admitir el concepto de conflicto civil como una forma adecuada de describir la Revolución. Tal vez esto no deba sorprendernos, ya que pasar a contemplar la Revolución como la primera guerra civil de los estadounidenses nos obliga a enfrentarnos al núcleo mismo del terror.<sup>19</sup>

En la lectura de los relatos de los participantes descubrimos que los patriotas, que en general no solían mencionar la violencia que ejercían contra los lealistas, se encendían con una indignación apasionada cuando se trataba de la crueldad que ellos habían sufrido a manos de los bárbaros británicos y de sus auxiliares lealistas, indios y alemanes. Los patriotas acusaron a los británicos de saqueo y destrucción indiscriminada, de masacres en los campos de batalla, de violaciones, de maltrato de prisioneros, e incluso de la deportación de prisioneros norteamericanos a Asia, o a África convertidos en esclavos. También tuvieron que enfrentarse a la cuestión moral de cómo responder a dichos abusos, puesto que la violencia fluía en todas direcciones.

Los informes de los líderes políticos y militares británicos confirman las historias de la brutalidad que aplicaron los patriotas estadounidenses a sus vecinos lealistas. También describen actos de crueldad contra combatientes y prisioneros británicos por parte de las fuerzas revolucionarias. Además, revelan los problemas estratégicos y éticos a los que se enfrentaron los ministros del gobierno y los generales del Ejército, que tuvieron que diseñar una estrategia de contrainsurgencia para someter a unos súbditos de raza blanca, protestantes y angloparlantes, en un momento en que su propia nación se encontraba muy dividida sobre esta cuestión. Las escenas que nos dibujan tanto norteamericanos como británicos nos permiten, asimismo, reconstruir, al menos en parte, las aportaciones y los sufrimientos de las poblaciones negra y nativa norteamericana en ambos bandos del conflicto.

La enorme dimensión y la omnipresencia de la violencia generada por la furia partidaria de la Revolución y por más de siete años de guerra queda patente en los textos y las imágenes que nos han llegado de entonces. La correspondencia de personajes destacados, los diarios de hombres y mujeres particulares, los panfletos políticos, las estampas populares y los registros del Congreso ilustran con viveza el torbellino de brutalidad que arrastró a ambos bandos. Igual que con la Masacre de Boston, estas fuentes nos muestran también cómo la violencia marcó las historias que los participantes contaron sobre la revolución, la contrarrevolución y la guerra. Pese a todo, ni los historiadores académicos de la Revolución, ni tampoco sus cronistas más populares, han estudiado este aspecto de la guerra de forma sistemática.

En este libro, acompañaremos a los protagonistas por los campos de batalla y los campamentos; iremos a prisiones en tierra firme, bajo esta o en el mar; a las granjas y al interior de los hogares. Descubriremos cómo todos los bandos emplearon el terror: los patriotas contra los lealistas; las fuerzas británicas y sus auxiliares lealistas y alemanes contra los combatientes, prisioneros y civiles rebeldes; el Ejército Continental de George Washington contra los nativos norteamericanos, y los blancos y los negros del Sur enfrentados unos contra otros. Nos acercaremos a las pruebas físicas de la violencia: a las heridas de bayoneta en el cadáver destrozado de un soldado; a la historia de la violación de una niña por soldados enemigos; a las demacradas figuras de los prisioneros de guerra plagados de piojos; a la cabeza cortada de un esclavo que había sido espía y que servía como advertencia a otros para que no se unieran a los británicos; a las columnas de humo que se alzaron en los puertos marítimos de Nueva Inglaterra, en plantaciones sureñas y en los vastos campos de maíz de Iroquoia. Lealistas,

mujeres, antiguos esclavos o rebeldes cautivos, todos ellos experimentaron formas específicas de violencia. De todas direcciones surgen narraciones de persecuciones y atrocidades, de sufrimiento y de sacrificio, de mejora de la vida en común y de venganza, así como intentos de mesura en las acciones, algunas veces con éxito, otras en absoluto.



Si la violencia fue un factor fundamental en cómo los patriotas estadounidenses y sus enemigos vivieron el momento fundacional de los Estados Unidos, ¿por qué se la ha arrinconado a los márgenes de la historia que se nos suele contar? En primer lugar, en los Estados Unidos de la posguerra, los lealistas que habían sido derrotados en la Revolución, y la violencia de la que habían sido objeto, fueron excluidos de forma sistemática del discurso oficial. Tal como R. R. Palmer escribió en su clásico *The Age of the Democratic Revolution* hace más de medio siglo, «el “consenso estadounidense” descansa, en cierto grado, en la eliminación, en el interior de la conciencia nacional, [...] de un elemento de disensión que una vez fue importante y relativamente numeroso». También puede achacarse parte de la culpa a cierta tendencia británica a ignorar, a propósito, las derrotas más desastrosas como si nunca hubieran sucedido. Aquella pérdida tan enorme para el Imperio británico sucedió pese a que se había movilizado militarmente a uno de cada siete hombres aptos, y aunque se habían reclutado numerosas fuerzas auxiliares en Alemania para luchar junto con los lealistas blancos, así como a nativos norteamericanos y a antiguos esclavos. En una fecha ya tan posterior como 1833, sir John Seeley, notable historiador de Cambridge especializado en el Imperio británico, describió la Revolución estadounidense como un episodio embarazoso sobre el «que hemos convenido, de un modo tácito, no mencionarlo siempre que nos sea posible».<sup>20</sup>

Con el tiempo, incluso el énfasis que en la época revolucionaria se ponía en la sangre derramada por los patriotas en defensa de su nueva república ha dado paso a una narración de la guerra extrañamente incruenta, una narración que encaja a la perfección con una visión de la Revolución como un suceso medido y poco violento. Los textos magistrales de historiadores de finales del siglo XX y de los primeros años del siglo XXI, como por ejemplo Bernard Bailyn, Gordon Wood y T. H. Breen, que dominan las clases de las facultades estadounidenses, se centran en las ideas e ideales de la Revolución, y, en su mayoría, ignoran los traumas físicos

y psicológicos que sufrieron tantas personas que la vivieron. Al mismo tiempo, las biografías sobre los Padres Fundadores que más se venden continúan ofreciendo una visión romántica de la época revolucionaria.<sup>21</sup>

Los estadounidenses, tanto en el ámbito académico como en el debate público, no suelen evitar el tema de la violencia en su historia y en su cultura, tendencia que perciben tanto en la historia de la colonización, en el avance de la frontera hacia el oeste y en la esclavitud, pero no en la Revolución. Asimismo, no rehúyen la cuestión de la violencia que caracteriza a la vida actual en Estados Unidos y a su actuación internacional, de lo que dan prueba los debates sobre las numerosas muertes relacionadas con armas de fuego, o las controversias que surgen sobre el empleo de acciones militares preventivas o los ataques con drones. Sin embargo, llama la atención que los estadounidenses se queden mudos en lo que se refiere al nacimiento de su nación. Un historiador del nacionalismo durante los primeros años de la república ha pedido, con sensatez, que «debemos intentar comprender el nexo que existe entre nacionalismo y violencia» en los Estados Unidos, en especial porque pocos Estados nación «son tan conocidos por su proclividad hacia la violencia».<sup>22</sup>

Esta ceguera parcial contrasta, de forma muy aguda, con la familiaridad general actual acerca de la carnicería de los campos de batalla, el sufrimiento de los prisioneros y la muerte durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. De hecho, pareciera que el reconocimiento de los innegables horrores de dicha guerra ha convertido en más acuciante todavía la necesidad de conservar un concepto inmaculado del conflicto anterior. «Para muchos estadounidenses, la Revolución es la última visión romántica de la guerra que les queda», escribe la historiadora Carol Berkin. La imaginan como algo «pintoresco e inocuo», una imagen que resulta atrayente en una «época de guerras genocidas, terrorismo y agrios debates sobre el significado del patriotismo». Sin embargo, precisamente porque afrontamos un mundo inseguro, azotado por insurgencias y guerras civiles, revoluciones abortadas y Estados fallidos, los estadounidenses deben enfrentarse a su propio nacimiento tumultuoso. Es hora de acabar con la idealización romántica que persiste en torno al conflicto fundacional de los Estados Unidos.<sup>23</sup>



Devolver, mediante la escritura, la violencia a la historia de la Revolución, nos recuerda que la guerra por la independencia de los Estados Unidos causó, en proporción, más sufrimiento humano que cualquier otra gue-

rra de la historia del país, a excepción de la Guerra Civil. Desde nuestra perspectiva actual, las cifras absolutas de aquella violencia nos parecen modestas. Es fácil olvidar que la suma de los patriotas muertos en batalla —entre 6800 y 8000—, más los 10 000 que murieron por enfermedad en los campamentos militares y los 16 000 o incluso 19 000 que perecieron en cautiverio equivaldría, porcentualmente, a 3 millones de nuestra población actual, y la cifra sería notablemente mayor si calculáramos la tasa porcentual de patriotas muertos solo respecto de la población que el bando patriota tenía en 1775 o en 1783. En la Guerra de la Revolución murieron diez veces más estadounidenses per cápita que en la Primera Guerra Mundial, y casi cinco veces más que en la Segunda Guerra Mundial. La tasa de muertes entre los prisioneros de guerra en la época de la Revolución fue la mayor de la historia del país. Además, un mínimo de 20 000 británicos y de varios miles de lealistas, nativos norteamericanos, alemanes y franceses también perdieron la vida. La Revolución exigió sacrificios adicionales al acabar la guerra; entonces, alrededor de 1 de cada 40 estadounidenses se fue al exilio para siempre, cantidad equivalente a 7,5 millones respecto de la población actual.<sup>24</sup>

Como demuestra la Masacre de Boston, a los seres humanos implicados en una lucha les resulta tentador recordar solo la violencia sufrida por su bando e ignorar la soportada por los demás. Es clave, por tanto, que nos acerquemos a la era de la Revolución de forma sistemática, a través de distintas perspectivas: las que nos ofrecen los patriotas, los lealistas, los británicos, los nativos norteamericanos, los negros y los alemanes que participaron. Esto nos permitirá superar las narrativas centradas en una única perspectiva nacional y nacionalista, tanto estadounidenses como británicas, y ver más allá de sus diversos mitos, exageraciones y omisiones. También nos ayudará a no caer en la trampa de categorizar a uno u otro bando como meras víctimas, traidores o crueles agresores durante lo que los estadounidenses llaman Guerra de la Revolución y los británicos denominan Rebelión Americana o Guerra de Independencia de Estados Unidos. Es en este sentido en el que, por mi parte, como especialista en historia británica nacido en Alemania que no se ha criado con los mitos de Gran Bretaña ni con los de Estados Unidos, pero que durante las últimas dos décadas ha investigado y enseñado a ambos lados del Atlántico, espero ofrecer una nueva perspectiva.<sup>25</sup>

Las muertes estadounidenses debido a las atrocidades británicas, así como las víctimas de las campañas de terror del general Washington en territorios indios, nos exigen tener en cuenta distintas perspectivas. Lo mismo sucede con los lealistas norteamericanos. En la década

de 1770, a la vez que miles de colonos, individuos comunes, se unían a la insurgencia contra lo que percibían como opresión imperial, entre un quinto y un tercio de la población blanca mantuvo un sentimiento favorable a Gran Bretaña, aunque esto no siempre se reflejara en hechos. Otro segmento de la población no tenía ningún interés notorio ni por una causa ni por la otra, o cambiaría de bando. Sin embargo, todo aquel que no se definiera públicamente como patriota corría el riesgo de ser estigmatizado y perseguido como enemigo de los Estados Unidos. Esto se ve en lo que un neoyorquino le escribió a una amistad londinense acerca de su dilema: «No hallo gusto en las guerras civiles y no es posible ser solo un espectador». A medida que escalaba la crisis entre Londres y las colonias, los patriotas pusieron el punto de mira tanto en sus adversarios declarados como en los que no se habían significado. Y lo hicieron no solo con argumentos morales, sino también con amenazas y violencia física. No hubo guillotina en Boston, Nueva York o Charleston como habría en París dos décadas después, pero la forja de la nueva nación conllevó la exclusión forzosa no solo de los esclavos negros y de los nativos norteamericanos, sino también de los blancos de origen europeo que no se adscribieran al proyecto revolucionario. Aparte de los nobles ideales de la Revolución, los incidentes violentos no fueron excepciones desafortunadas dentro de una revolución contenida y ordenada. Más bien, y sobre todo en la experiencia vivida por los lealistas, fueron la norma. Tanto los partidarios de la Revolución como sus adversarios llegaron a experimentar la violencia inherente de la misma como una característica definitoria que dio sentido a su lucha.<sup>26</sup>

La Masacre de Boston también nos muestra que la violencia no puede separarse de las historias sobre la violencia. La realidad física de la violencia y las costumbres políticas, retóricas y morales en las que se insertó estaban entretreídas indefectiblemente. Las narraciones de la violencia, tanto como la ideología, ayudaron a formar alianzas y a movilizar apoyos, bien a favor de la independencia o bien del Imperio. Las historias de persecución, sufrimiento y sacrificio permitieron, tanto a patriotas como a lealistas —y también a los británicos—, darle un sentido a la Revolución, la guerra civil y la rebelión colonial. Por medio de dichas historias, cada bando reclamó para sí una superioridad moral con la que ganarse el apoyo de la población de las colonias y la simpatía de la opinión pública de Gran Bretaña y del resto de Europa. En la guerra, tanta influencia tuvo el poder de persuasión como la estrategia, el número de efectivos disponibles o la logística. No solo importaba la forma en que cada bando manejaba la guerra —tanto en sentido material como

ético—, sino qué historias podía contar sobre su conducta y sobre la de sus adversarios.<sup>27</sup>

Un retrato más fiel de aquella época nos permite comprobar que la Revolución estadounidense no fue una gloriosa excepción. Igual que otras revoluciones modernas, y pese a todos sus efectos transformadores (y positivos), exigió una escalada de violencia y de terror para sustentarse y para combatir a sus enemigos domésticos. Desde la perspectiva del vencedor, el precio de disfrutar la libertad y la independencia justificó el cruel tratamiento que se dio a muchos compatriotas. Al mismo tiempo, no obstante, Washington, Adams y sus camaradas tenían la firme determinación de librar la guerra contra Gran Bretaña de una forma acorde con sus ideales. Una política de comportamiento humanitario, en palabras de Adams, hacia los combatientes y prisioneros enemigos, demostraría que ellos eran más civilizados que los británicos. Es innegable que la realidad, a menudo, no estuvo a la altura de esas loables aspiraciones. Pero, en el instante del violento nacimiento de los Estados Unidos, los fundadores impulsaron a su nueva nación con un sentido de propósito moral. Si la razón de ser de los Estados Unidos no descansa en una «etnia, lengua o religión común», sino en un «conjunto de creencias», tal como nos recuerda el historiador Gordon Wood, debemos incluir entre dichas creencias la convicción de que una sociedad debe sostener sus valores fundamentales incluso —y muy en especial— en tiempos de guerra. La proyección exterior de la ejemplaridad estadounidense, tanto como la aplicación del poder de la nación en el exterior, fue un principio de actuación en la política internacional asumido por los fundadores; se trata de un concepto que los líderes políticos actuales harían bien en recordar.<sup>28</sup>

Este cuadro sin adornos de la Revolución nos ayuda, por fin, a reconocer la fiereza que la caracterizó, a valorar sus logros duraderos y a discernir sus legados más complejos. A lo largo de la contienda, los norteamericanos se enfrentaron al problema moral de los límites del empleo de la violencia frente a enemigos foráneos e internos. Los Estados Unidos de la posguerra, a diferencia de lo que sucedió en Francia, en Rusia y en otras sociedades después de una revolución, evitaron caer en una dictadura, en un régimen militar y —a excepción de la Guerra de 1812— en otra guerra civil. Pese a todo, este resultado también conllevó contradicciones no resueltas para el emergente imperio estadounidense abanderado de la libertad. La más dolorosa y violenta fue el afianzamiento y la ampliación de la esclavitud, así como la exclusión de los nativos norteamericanos seguida de su destrucción y «eliminación». Cuando la mayoritaria población blanca se dispuso a construir una



nación, tras una década de conflicto civil, tanto los vencedores como los perdedores de la Revolución llevaban consigo las cicatrices físicas y psicológicas de la guerra, la persecución y el terror, unas cicatrices que, en el mejor de los casos, solo admitieron de forma selectiva y que, a menudo, ocultaron en parte.

Generaciones de estadounidenses, desde entonces, han afrontado los violentos comienzos de su nación con una mezcla de recuerdo y de olvido. La represión de los traumas, la negación del terror y el blanqueamiento de la violencia han ayudado a alimentar el mito de la excepcionalidad estadounidense, un mito que encaja con el relato heroico de la guerra originaria. Sin embargo, echar una nueva mirada a las cicatrices de la independencia a través de los ojos de quienes participaron en ella, en todos los bandos, nos ayudará a desenmarañar las tensiones inherentes entre las aspiraciones morales de los Estados Unidos y sus tendencias violentas. Hoy, que nos adentramos en un mundo azotado por guerras, conflictos civiles e insurgencias, la comprensión de cómo la violencia se relaciona con la construcción de las naciones, y cómo se la representa y se la recuerda, sigue siendo una cuestión crucial.<sup>29</sup>

## Notas

1. Mi descripción de la Masacre de Boston y sus antecedentes, a menos que se indique otra cosa, se basa en Archer, R., 2010; Hoerder, D., 1977, 219-241; Bourne, R., 2006, 145-168; York, N. L., 2010a; Shy, J. W., 1965, 306-319; Ferling, J. E., 2010a, 65-66; *id.*, 2011, 26-34; Zobel, H. B., 1970, con la cita tomada de Davis en 191. Lo mejor es leer a Zobel junto con Maier, P., 1971 y Lemisch, J., 1970.
2. Podemos encontrar una breve visión general de los contextos y causas a corto y largo plazo de la Revolución en Conway, S., 2013, cap. 1. Una introducción concisa a las protestas coloniales de 1764-1770 la tenemos en Ulrich, L. T., 2013; Yiruch, C. B., 2013; Archer, R., *op. cit.*, caps. 1-5. Acerca de la naturaleza y la cronología de la violencia prerrevolucionaria, véase Bourne, R., *op. cit.*, 148-152; Hoerder, D., *op. cit.*, 219-223; Gilje, P. A., 1987; Rapoport, D. C., 2008, 167-194; Tiedemann, J. S., 2010, 387-431.
3. Dickerson, O. M. (comp.), 1970; Archer, R., *op. cit.*, 126-135, y los apartados acerca de los soldados irlandeses y afrocaribeños en 106 y 117. En cuanto a la percepción de la existencia de un ejército permanente como una provocación, en el contexto de la historia británica y de sus colonias norteamericanas en los siglos XVII y XVIII, véase Griffin, P., 2012, 88. Acerca de la subestimación, por parte del gobierno británico,

- de las reformas fiscales y de la imposición de un ejército permanente, véase Rhoden, N. L., 2013, 275.
4. York, N. L., *op. cit.*, 21-25 (cita de Franklin 21).
  5. Adams es citado en Zobel, H. B., *op. cit.*, 290. «¡Venga, rufianes [...]» está tomado de «Extract of a Letter from Boston, Mar. 19, 1770», en *New-York Gazette*, 2 de abril de 1770. Sobre esta cuestión y el párrafo siguiente, véase en especial a Archer, R., *op. cit.*, 190-193.
  6. Todas las citas extraídas de la *Boston Gazette*, 12 de marzo de 1770, excepto la del espectador, John Hickling, a quien cita Zobel, H. B., *op. cit.*, 199.
  7. Prentiss es citado en Carp, B. L., 2010, 42.
  8. Ulrich, L. T., *op. cit.*, 64-84; Yiruch, C. B., *op. cit.*, (cita 91).
  9. Archer, R., *op. cit.*, 202; Zobel, H. B., *op. cit.*, 205; Bourne, R., *op. cit.*, 163; *A Fair Account of the Late Unhappy Disturbance at Boston in New England*, 1770, 9, 19; Lepore, J., 2013, 155.
  10. Las declaraciones publicadas que se reunieron en apoyo de las versiones bostoniana y británica de los sucesos pueden consultarse, respectivamente, en *A short narrative of the horrid massacre in Boston, Perpetrated in the Evening of the Fifth Day of March*, 1770, enviado a Londres por Samuel Adams, y cuya portada está decorada con una imagen de Revere, y en *A Fair Account...*, 1770. En cuanto a las deposiciones de los 22 soldados y civiles británicos registradas por un juez favorable que trabajaba para Hutchinson, véase BNA CO5/88, XC1580. Véase también York, N. L., *op. cit.*, 129-157. Andrew Oliver a Benjamin Lynde, 6-7 de marzo de 1770, en MHS Collections Online, disponible en <<http://www.masshist.org/database/2714?ft=Boston%20Massacre&from=/features/massacre/initial&noalt=1&pid=34>>.
  11. Todas las fechas son de 1770: *Boston Gazette*, 12 de marzo. También en el *Connecticut Journal* (suplemento), 16 de marzo; *New Hampshire Gazette*, 16 de marzo; *Providence Gazette*, 10-17 de marzo; *Royal Pennsylvania Gazette*, 22 de marzo; *Georgia Gazette*, 11 de abril. También en los siguientes periódicos británicos: *Lloyd's Evening Post*, 20-23 de abril; *The St James's Chronicle*, 21-24 de abril; *Dublin Mercury*, 28 de abril a 1 de mayo. Pueden encontrarse versiones neutrales y probritánicas en *Boston Chronicle*, 8 de marzo; *New-York Journal*, 15 de marzo; *New-York Gazette*, 2 de abril.
  12. Acerca de Revere, véase York, N. L., *op. cit.*, 32; Lepore, J., 2010, 63. Acerca del papel revolucionario de la tripulación improvisada, véase Linebaugh, P., Rediker, M., 2000, cap. 7. Hubo que esperar a que William C. Nell publicara *The Colored Patriots of the American Revolution* en 1855 para que Crispus Attucks fuera descrito como de raza negra.
  13. En cuanto a los juicios, véase *The trial of William Wemms, James Hartegan, William M'cauley,...*; [Wemms, W.], 1807; «Adams' Argument for the Defense, December 3-4, 1770», Founders Online, disponible en <<https://founders.archives.gov/documents/Adams/05-03-02-0001-0004-0016>>. Acerca de las tareas antidisturbios realizadas por soldados que carecían de armamento no letal, véase Lenman, B., 2001, 199-200.
  14. John Adams (JA), Diary, 5 de marzo de 1773, disponible en <<https://founders.archives.gov/documents/Adams/01-02-02-0003-0002-0002>>.
  15. JA a Matthew Robinson, 2 de marzo de 1786, *WJA*, vol. VIII, 383-385.
  16. La cita está tomada de Larkin, E., 2009, 126. Acerca de la distorsión de la memoria colectiva estadounidense sobre la Revolución y la guerra,

véase McDonnell, M. A. (ed.), 2013b, 5, 20-21, 35 (nota 7), y *passim*. Véase también Griffin, P., *op. cit.*, 155. La apropiación antihistórica de la fundación de la nación por la derecha estadounidense se analiza en Lepore, J., *op. cit.* Aunque los especialistas han estudiado más recientemente algunos aspectos de la violencia revolucionaria –las guerras indias; los combates de partisanos y guerrilleros en el interior del Sur y en la frontera de Nueva York; o la suerte de los prisioneros reclusos en la ciudad de Nueva York– dichos trabajos especializados siguen siendo aún demasiado fragmentarios como para reflejar en su totalidad la naturaleza y el significado de la violencia y de su politización, y aún no han calado en el relato popular acerca de la Revolución. El lector puede encontrar, en las notas de los capítulos siguientes, referencias detalladas a los importantes trabajos de Wayne E. Lee, Edwin Burrows, Sarah Purcell, John P. Resch y otros.

17. Las ideas acerca de la violencia varían según las épocas. Al establecer cómo los protagonistas de todos los bandos definían los límites de lo que consideraban violencia legítima, y al comprobar cómo invocaban estos límites o los rompían, podemos intentar valorar las acusaciones que hubo de violencia excesiva y de crímenes de guerra. Al mismo tiempo, los rumores, las exageraciones y las acusaciones de violencia no demostradas que aparecen en las fuentes históricas pueden proporcionar información valiosa acerca de la mentalidad de los actores históricos, sus miedos, sus dilemas morales y sus estrategias retóricas. El *Oxford English Dictionary* (OED) define como «violencia» el «ejercicio deliberado de fuerza física contra una persona, propiedad, etc.». En un contexto legal, también se considera violencia «el empleo ilegal de la fuerza física y la intimidación mediante la exhibición de dicha fuerza». Véase [en el citado diccionario inglés] «*violence*, n.» y «*terror*, n.», en <<http://www.oed.com>>. «Terror» era una palabra empleada de forma habitual por ambos bandos para referirse al temor extremo ante la violencia física y psicológica o la amenaza de ella, y al empleo del miedo para intimidar a la gente. Véase, en este sentido, Robert Beverley Letterbook, LOC; Dartmouth a William Howe (WH), 5 de septiembre de 1775, BHQP 31; George Washington (GW) al Continental Congress Camp Committee [29 de enero de 1778]. A menos que se indique otra cosa, la correspondencia de Washington y las órdenes militares están citadas a partir de *PGW*. En cuanto a la ambivalencia estadounidense acerca de las leyes de la guerra, véase Witt, J. F., 2012, 15, 48.
18. Hoock, H., 2010, 75-81 (cita 75).
19. Los historiadores se han sentido más cómodos admitiendo una serie de guerras civiles locales en Nueva Jersey, Nueva York o el interior del Sur. Como ha señalado David Armitage, tendemos a considerar la guerra civil y la revolución como realidades antitéticas: «Las guerras civiles son destructivas; las revoluciones son progresistas [...] Las guerras civiles señalan el hundimiento del espíritu humano; las revoluciones su desenvolvimiento y autorrealización». Armitage, D., 2009, 20. Una definición funcional del concepto de guerra civil, que tiene en consideración a Stathis Kalyvas, puede encontrarse en *ibid.*, 2006, 19: «violencia colectiva organizada dentro de una misma comunidad política que lleva a la división de la soberanía y, en consecuencia, a una lucha por la autoridad». Acerca de las dinámicas de la revolución y de la contrarrevolución, véase Bannister, J.,

- Riordan, L., 2012b, 5. La marginación de los lealistas puede consultarse en Jasanoff, M., 2011.
20. Palmer, R. R., 1959, 190. Acerca de la movilización británica, véase Conway, S., 2000, cap. 1. Seeley aparece citado en Gould, E. H., 2000, vol. XVI.
21. Bailyn, B., 1967; Wood, G. S., 1992; véase también, más reciente, Breen, T. H., 2010. La historia de Founders Chic puede consultarse en Cogliano, F. D., 2005.
22. «[...] debemos intentar»: Smith-Rosenberg, C., 2010, 1-2. Sobre la violencia en la historia y la cultura estadounidenses, véase, de forma muy sucinta, Brown, R. M., 1975, que contiene referencias al nacimiento violento de la nación en 5 y 7; Hofstadter, R., Wallace, M. (eds.), 1970; Bellesiles, M. A. (ed.), 1999; Waldrep, C., Bellesiles, M. A. (eds.), 2006; Slotkin, R., 1973; Silver, P. R., 2008; Neely, M. A., 2004 y 2007; Tirman, J., 2011.
23. Faust, D. G., 2008, contiene poderosas ideas desmitificadoras acerca de la Guerra Civil. En cuanto a la Guerra Civil y la cultura de la muerte, véase también Schantz, M. S., 2008. Berkin, C., 2005, p. IX.
24. El 1,25 % de los norteamericanos murieron en el bando patriota, frente al 0,12 % y el 0,28 % que perecieron en la primera y en la segunda guerras mundiales, y al 1,6 % que murió en la Guerra Civil. Si suponemos que alrededor de 200 000 patriotas tomaron las armas durante el conflicto, entonces más del 17 % de dichos soldados murieron, comparado con el 13 % de pérdidas que sufrió la Unión durante la Guerra Civil. Mis estimaciones proceden de Peckham, H. H., 1974; Burrows, E. G., 2008, 204; Shy, J. W., 1976a, 249-250; Kulikoff, A., 2013, 218; y, McDonnell, M. A., *op. cit.*, 21, 29. Acerca de las bajas británicas, véase Bunker, N., 2014, 382-383 n. 7.
25. Los análisis comparativos y transnacionales pueden consultarse en Jasanoff, M., 2008. Spring, M. H., 2008, vol. XIII, subraya que las narraciones acerca de las campañas escritas para una audiencia popular muestran preferencia por las fuentes patriotas antes que por las lealistas, británicas y alemanas.
26. Incluso si damos por válida la estimación más moderada, según la cual los que firmaron algún documento, hicieron negocios con el Ejército, tomaron las armas o huyeron a las líneas británicas o hacia el exilio sumaban solo alrededor del 20 % de la población, esto significa que alrededor de 400 000 personas se opusieron a la Revolución. John Adams estimó en un tercio de la población los que se opusieron de forma activa a la Revolución; en otra ocasión se refirió a «un tercio [...] contrario a la revolución», un «tercio que se les oponía» y otro «tercio intermedio» que dudaba. JA a Thomas McKean, 31 de agosto de 1813, *WJA*, vol. X, 62-63; JA a James Lloyd, enero de 1815, *ibid.*, 108-114. La estimación clásica de un 20 % de población lealista viene de Smith, P. H., 1968. Acerca de la dificultad para fijar las cifras, véase Jasanoff, M., 2010 y 2011. Véase también Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 2000, 234; Shy, J. W., *op. cit.*, 236. Los diversos grados del lealismo pueden verse en Calhoun, R. M., Barnes, T. M., Davis, R. S., 2010, 11. Muchos norteamericanos probritánicos intentaron mantenerse al margen mientras les fue posible: Labaree, L. W., 1948, 158; Young, H. J., 1955, 76 [tesis doctoral]; Kim, S. B., 1993. Acerca de los desafectos, véase McDonnell, M. A., 2000. «No

- hallo gusto)], en J. Seagrove a Jn. Blackburn Esq., Nueva York, 2 de julio de 1775, Dartmouth MSS, II/1348 [copia].
27. Sobre la violencia y la fuerza retórica y emocional de las descripciones de la violencia, véase, por ejemplo, Cleves, R. H., 2009, 12-15. Las historias más antiguas de la Revolución –como Davidson, P., 1941, Bowman, A., 1943, y Berger, C., 1976– hablan de «propaganda», la difusión sistemática y manipuladora de información. Yo prefiero verlo como una guerra polémica, entendiéndolo por «polémica» «lo concerniente a la discusión o la controversia; lo contencioso, que causa disputa y combate», o tomando prestada la terminología de Lepore, J., 1998, la guerra de las palabras. Véase la definición inglesa de «*polemical*, adj.» en *OED*, en <<https://www.lexico.com/definition/polemic>>.
28. Brown, R. M., *op. cit.*, 42; Thompson, P., 2015. Los Adams: JA a Abigail Adams, 15 de febrero de 1777, disponible en <<http://www.masshist.org/digitaladams/archive/doc?id=L17770217ja>>. Una «[...] etnia común», en Wood, G. S., 2006, 4. Mientras la idea de la escritura de este libro iba tomando forma, los presidentes Clinton y Obama les recordaban a los estadounidenses la importancia de conducir la política exterior mediante la ejemplaridad. Véanse Clinton, W. J., *Speech at Democratic National Convention*, 27 de agosto de 2008, disponible en <<https://www.nytimes.com/2008/08/27/us/politics/27text-clinton.html>>; y, Obama, B. H., *Inaugural Address*, 20 de enero de 2009, disponible en <<https://obamawhitehouse.archives.gov/blog/2009/01/21/president-barack-obamas-inaugural-address>>.
29. La ideología excepcionalista puede consultarse en Howell, W. H., 2013, 94; Hodgson, G., 2009; Pease, D. E., 2009.



Mapa del Imperio británico en Norteamérica (Londres, 1774), de Samuel Dunn y Robert Sayer.

# Capítulo 1

## *A la caza del tory*

El 25 de enero de 1774 fue un día de frío intenso en Boston. Medio metro de nieve cubría el suelo. John Malcom, un funcionario menor de aduanas de cincuenta y un años, iba camino de su casa desde su oficina cercana al puerto. Unos viandantes que pasaban por allí le observaron maldecir y amenazar físicamente a un niño pequeño montado en un trineo que parecía haber embestido contra él. George R. T. Hewes, un pobre zapatero que cuatro años antes había llevado a una de las víctimas heridas de muerte durante la Masacre de Boston a un doctor, intervino para proteger al chiquillo. Siguieron gritos y empujones. Malcom golpeó a Hewes en la cabeza con su bastón, dejándolo inconsciente unos instantes. Los espectadores pararon, entonces, la pelea y Malcom regresó a casa. Sin embargo, la muchedumbre no iba a dejarle marchar con facilidad. Aunque la escena parecía haber sido solo un altercado privado, aquella noche los bostonianos se aseguraron de que su respuesta llevara el sello de la justicia revolucionaria.<sup>1</sup>

Antes de asumir el puesto que entonces ocupaba, Malcom había trabajado al servicio del Imperio británico como capitán de Marina y como oficial del Ejército por todo el teatro norteamericano durante la Guerra de los Siete Años. Había adquirido notoriedad a lo largo y ancho de las colonias después de que, en 1763, se le arrestara por deudas y falsificación. Una década después, cuando trabajaba como interventor, fue suspendido de su empleo por negligencia y extorsión. Muchos bostonianos conocían su escabroso pasado. También es probable que recordaran que, en 1771, Malcom había ayudado al gobernador de Carolina del Norte, sir William Tryon, a sofocar de modo sangriento el alzamiento de la Regulación, una

revuelta de campesinos del interior contra los impuestos coloniales y los funcionarios del fisco.

Al anochecer, un número importante de individuos se reunió fuera de la casa de Malcom, al final de Cross Street. Después de que Sarah Malcom no consiguiera dispersarlos, su marido se asomó por una ventana y atacó a un hombre con su espada, perforándole el pecho. A continuación, Malcom blandió unas pistolas cargadas y exclamó que mataría un buen número de contrincantes para recibir la recompensa del gobernador. Entonces, el gentío comenzó a traer escaleras para asaltar la casa, a lo que el matrimonio respondió atrincherándose en una habitación del segundo piso. Sin embargo, los atacantes no tardaron en conseguir entrar por una ventana. Los furiosos intrusos cogieron por la fuerza a Malcom y, como este declararía más tarde, «con violencia [lo] sacaron fuera de la casa, lo golpearon con palos y luego lo colocaron en un trineo que habían preparado».

Algunos caballeros comenzaron a preocuparse, en aquel momento, porque aquel asunto se descontrolara. Pidieron moderación y recurrir a la justicia oficial. Pero no había forma de detener a la arrebatada multitud –1200 personas, según el diario de un comerciante local, aunque lo más seguro es que se tratara de una exageración–, para la cual Malcom se había «comportado de la forma más caprichosa, insultante y temerariamente abusiva». Anne Hulton, recién llegada de Inglaterra y cuyo hermano era notario de aduanas en Boston, tuvo náuseas al ver como Malcom sufría «una cruel tortura», en la que primero «lo desnudaron del todo en una de las noches de frío más intenso de este invierno [...] le dislocaron el brazo al arrancarle la ropa».

La mayoría de los coetáneos conocían ya, sin duda, el procedimiento que Malcom iba a tener que soportar. Si alguno necesitaba refrescarse la memoria, podía consultar la receta que había recordado otro lealista de Massachusetts: «En primer lugar se desnuda a la persona, luego se calienta la brea hasta que esté fina y entonces se vierte sobre la piel desnuda, o se unta con un cepillo de brea, *quantum sufficit* [la que haga falta]». Aquella noche, la muchedumbre se hizo con un barril de brea en un embarcadero cercano. «Después, se espolvorean con generosidad sobre la brea, mientras esta sigue caliente, tantas plumas como se le vayan quedando adheridas». Es posible que los torturadores de Malcom, al comenzar su tarea aquella noche, hubieran traído consigo algunas almohadas de sus propios hogares. «Entonces se acerca una vela encendida a las plumas y se intenta que





*John Malcom* (París, 1784) de François Godefroy. En esta estampa francesa puede verse como se baja a John Malcom a un carro ante la mirada de hombres y mujeres de distintos grupos sociales.

todas prendan fuego; si arden, mucho mejor. Sin embargo, como el experimento se hace, a menudo, con tiempo frío», igual que aquella noche de enero, «entonces no tendrá éxito; se coge entonces un dogal, se le pone alrededor del cuello a la persona, y se la pasea montada en un carro».

Después de que Malcom fuera llevado a la fuerza a un carro, sus agresores vertieron brea caliente por su cabeza y amplias zonas de su cuerpo. La pez le quemaba la piel y le escaldaba la carne. Después la multitud lo cubrió de plumas y luego empujó el carro hasta la Town House —donde tenían su sede el gobernador, la cámara legislativa y los tribunales—, que podemos ver ilustrada en el centro de la imagen de la Masacre de Boston creada por Revere. Lo azotaron con dureza en distintos lugares y, a medio camino entre la residencia del goberna-

dor y la Sala de Juntas de Old South (Old South Meeting House), le ordenaron que maldijera a Thomas Hutchinson, el entonces odiado gobernador real de la provincia de la Bahía de Massachusetts, cuya casa había sido prácticamente desbaratada por una turba que se alzó contra la Ley del Timbre en 1765. Malcom se negó. Lo llevaron al Árbol de la Libertad, un enorme olmo situado en la esquina de Essex donde, de nuevo, declinó con valor (o con temeridad) insultar al gobernador. Entonces lo arrastraron al patíbulo municipal con una cuerda alrededor del cuello que hacía presagiar lo peor, pero incluso así no cedió. ¿Podían, al menos, «ejecutar sus amenazas en lugar de continuar con su tortura»? les rogaba entonces Malcom. Le inmovilizaron las manos en la espalda, lo ataron al patíbulo, o tal vez pasaron la cuerda por encima del poste horizontal, y le golpearon con sogas y palos. Según un testimonio, amenazaron con cortarle las orejas. Los torturadores le pidieron de nuevo que maldijera al rey y al gobernador, pero él, desafiante, los acusaba a todos de traidores. Al final, con la brea ya solidificándose en su cuerpo aterido, Malcom no pudo más y maldijo tal como le ordenaban.

Tras ultrajarlo y humillarlo, los atormentadores de Malcom sumaron una última agresión. Le hicieron tragar una cantidad ingente de té a la salud del rey y de otros miembros de la familia real. Malcom se atiborró del líquido hasta que se puso pálido y «llenó el cuenco que acababa de vaciar». Lo golpearon de nuevo hasta la Casa de Aduana y durante todo el camino hasta Copp's Hill, donde concluyó aquel «espectáculo de horror y crueldad gratuita», según lo describió Anne Hulton, que había durado cinco horas. George R. T. Hewes, que más tarde se distanciaría de la brutalidad callejera (y que tampoco había esgrimido ningún arma durante la noche de la Masacre de Boston), había seguido la procesión con una sábana para proteger a Malcom, que se encontraba en un estado de hipotermia. En torno a la medianoche, ya de vuelta en el exterior de la vivienda de la víctima, por fin «lo arrojaron rodando del carro igual que a un perro». Los médicos, escribió Hulton, pensaban «imposible que esta pobre criatura pueda vivir. Dicen que la carne se le despegaba de la espalda a tiras».

Malcom sobrevivió. Su recuperación física sería lenta y empezó, tal vez, por el limpiado de la brea de su cuerpo. Es posible que para ello se empleara aguarrás, igual que se hizo con otras víctimas también embreadas y emplumadas. Asomaría la piel ensangrentada y, probablemente, partes de ella se irían también con la brea, lo que



Estas fotografías de John Meints, que fue embreado y emplumado en Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial por no apoyar las campañas de emisión de bonos de guerra, son una muestra elocuente de la brutalidad física de dicho castigo.

provocaría heridas en la carne viva. Pasarían muchas semanas antes de que pudiera abandonar la cama; durante el resto de su vida llevaría las cicatrices de su suplicio.



La tortura de Malcom, casi cuatro años posterior a la Masacre de Boston, sucedió en un momento en que la ciudad volvía a situarse en el centro de la discordia entre las colonias y la autoridad imperial. Después de que Gran Bretaña sacase las tropas de Boston y rechazara la aprobación de la mayoría de las Leyes de Townshend, habían seguido tres años de mayor tranquilidad. Sin embargo, en 1773, las tensiones volvían a aumentar de nuevo. El gobierno británico decidió sufragar los salarios del gobernador de Massachusetts y de los jueces con la suma que se recaudaba mediante el impuesto del té, que no se había eliminado. Esta decisión no tuvo en cuenta a la asamblea de la propia colonia. Además, la Ley del Té de aquel año, promulgada para ayudar a la Compañía de las Indias Orientales a pagar su deuda, concedió a un número reducido de comerciantes, los llamados consignatarios del té, el derecho exclusivo, monopolístico, de la venta de té en Norteamérica. Pronto, una coalición de políticos, artesanos y comerciantes de Boston que habían sido

desplazados de dicho comercio pusieron el punto de mira en dichos consignatarios y en sus almacenes. El 16 de diciembre de 1773, varios cientos de individuos –comerciantes, artesanos, aprendices y adolescentes del lugar, entre los que estaba el zapatero Hewes– abordaron tres barcos amarrados en el embarcadero de Griffin y arrojaron 46 toneladas de té por la borda para impedir su venta.<sup>2</sup>

El gobierno británico tuvo noticia del motín del té bostoniano a finales de enero de 1774. El primer ministro, lord North, acusó a la ciudad de ser la «cabecilla de toda la violencia y oposición a la ejecución de las leyes de este país». Durante los meses siguientes, el Parlamento aprobó severas medidas legales para castigar a Boston por la destrucción de propiedad privada y por resistirse a la autoridad imperial. El Edicto del Puerto de Boston (Boston Port Bill) cerró dicho puerto hasta que se pagaran por completo las indemnizaciones debidas. Una enmienda a la norma legal de Massachusetts permitió al gobernador nombrar concejales, jueces y alguaciles. Una normativa impuso que todo oficial o soldado del rey que fuera acusado de un delito capital pudiera ser juzgado en Inglaterra y no en el ámbito local. Otra ley permitió que las tropas imperiales pudieran acuartelarse desde ese momento en viviendas deshabitadas. Al mismo tiempo, la Ley de Quebec (Quebec Act) amplió la frontera de dicha colonia hacia el sur. Esta medida protegía la forma de vida de los católicos franceses, pero también limitaba la expansión hacia el oeste de las colonias que formarían los Estados Unidos.

Estas Leyes Coercitivas (llamadas también Leyes Intolerables por los rebeldes), en lugar de servir para contener la insurgencia norteamericana, tal como había esperado el gobierno británico, ayudaron a aunar la opinión pública en sentido inverso por todas las colonias. Mientras, desde Nuevo Hampshire hasta Virginia, los colonos continuaban sus protestas relacionadas con el té, a lo largo de la primavera y el verano de 1774 también se organizaron para emprender una acción política concertada. En septiembre, 56 delegados enviados por las cámaras legislativas de 12 de las colonias (solo Georgia se abstuvo) acudieron a Filadelfia, entonces la ciudad más grande de Norteamérica. La mayor parte de aquellos hombres, de una edad media de cuarenta y cinco años, eran muy ricos, y algunos de ellos tenían ya amplia experiencia como legisladores en las asambleas de las colonias. Se reunieron durante siete semanas en el Carpenters' Hall. El logro más notable de este Congreso Continental fue aprobar la Asociación Continental (Continental Association), un acuerdo de boicot para impedir las importaciones y el consumo de mercancías británicas, así como la exportación hacia

la metrópoli. Los delegados esperaban que, al resultar perjudicadas las manufacturas, los ingresos y el comercio británicos, el boicot obligaría a Gran Bretaña a anular la legislación «ideada para esclavizar a estas colonias». El Congreso Continental, armado con la experiencia obtenida en los boicots económicos anteriores, que habían sido de naturaleza más fragmentaria, diseñó la nueva Asociación Continental para que abarcara a todas las colonias e implicara a todos los sectores de la sociedad, no solo a los comerciantes. Para poner en práctica este ambicioso plan, el Congreso creó un sistema de control y de hostigamiento, por medio del cual algunos norteamericanos se dedicaban a vigilar y valorar las palabras y las acciones de sus compatriotas.<sup>3</sup>



Para poner en práctica el boicot diseñado en el acuerdo de la Asociación, el Congreso Continental exigió que se eligiera «un comité en cada condado, ciudad y villa» de cada colonia «para observar con atención la conducta de todas las personas en contacto con esta Asociación». Si se descubría que un individuo no seguía el boicot, era denunciado (o, a veces, denunciada) en los periódicos, para que «todos los adversarios de los derechos de la *América británica* puedan ser conocidos de forma pública, y para que sean repudiados por todo el mundo como enemigos de la libertad *americana*». Es fácil imaginar cuán siniestras deben haberles sonado estas palabras a los oídos de los escépticos, y no digamos ya a quienes se oponían al boicot. El Congreso Continental no entró en el detalle de cómo habían de funcionar estos comités; cada uno de ellos tenía libertad para establecer normas adicionales. Nadie sabía el resultado exacto que este experimento de control popular acabaría teniendo.

No tardaron en formarse, por todas las colonias, «comités de seguridad», su ominosa denominación imitaba la de grupos similares que se habían organizado durante la Guerra Civil inglesa, en el siglo anterior. En la primavera de 1775, ya había 7000 hombres que servían en estos cuerpos. Al teniente lealista James Moody le parecía que los rebeldes «enloquecían a casi todo el país» con sus comités y sus amenazas de «¡Únete o muere!». Los comités investigaban y castigaban a los sospechosos de violar las reglas de la Asociación. Cualquier persona que consideraran desleal a la causa norteamericana estuvo, desde entonces, en riesgo de ser perseguido. En los pueblos y las comarcas, a lo largo de todas las colonias, los comités crearon un clima

social peligroso que amenazaba con violencia psicológica y física a quienes los revolucionarios llamaban con desprecio *tories* y nosotros hoy llamamos lealistas.<sup>4</sup>

Según un estereotipo asentado hace mucho tiempo, los lealistas eran sobre todo individuos blancos y anglicanos pertenecientes a las élites acomodadas. Pero lo cierto es que entre los lealistas no solo había funcionarios imperiales y grandes terratenientes, sino también comerciantes, granjeros, tenderos, panaderos, sastres, así como artesanos pobres y trabajadores. Y no solo eran anglicanos: entre ellos también había cuáqueros, metodistas, hugonotes franceses y católicos irlandeses. La documentación histórica nos ofrece alguna que otra instantánea demográfica: de entre los vecinos varones de Deerfield, Massachusetts, que habían sido identificados como lealistas —y que comprendían entre un tercio y la mitad del total de la población—, un 40 % eran comerciantes, propietarios de tabernas y artesanos, un 30 % granjeros y un 15 % profesionales. Había lealistas en todos los estratos sociales y en todas las regiones geográficas. No es aventurado afirmar que no había ningún colono norteamericano en 1775 que no conociera a algún lealista.<sup>5</sup>

Los patriotas solían mofarse de los lealistas acusándolos de que se movían por intereses personales y materiales. Decían que los *tories* ansiaban cargos públicos y riqueza, prestigio e influencia. La verdad es que, igual que las motivaciones de los revolucionarios eran diversas, también los lealistas actuaban tanto por principios como por pragmatismo. Estos compartían con los patriotas «inquietudes sobre el acceso a la propiedad de tierras, el mantenimiento de la esclavitud y la regulación del comercio colonial», tal como ha apuntado la historiadora Maya Jasanoff. Hasta bien entrado 1775, la mayoría de los integrantes de ambos bandos profesaban lealtad hacia el monarca británico. Los lealistas sentían un profundo compromiso con las protecciones constitucionales de sus libertades, y muchos también coincidían con los patriotas en que algunas políticas británicas eran inadecuadas o incluso inaceptables. Sin embargo, a diferencia de los revolucionarios, que acabaron por buscar la creación de una república independiente, los lealistas no dejaron de ser súbditos leales al rey Jorge III y deseaban resolver cualquier desacuerdo dentro del marco constitucional existente. Para ellos, la separación de la madre patria amenazaba con un trauma económico y con la destrucción de sus redes sociales personales. Muchos también dudaban de que Norteamérica pudiera ganar una guerra contra el poderoso Imperio británico.<sup>6</sup>

Además de por su ideología y sus creencias, los lealistas también se movían por intereses individuales y de grupo. Durante el transcurso de la guerra, muchos norteamericanos tuvieron que dilucidar qué ejército podría proteger mejor a sus familias y sus propiedades, y con frecuencia se vieron obligados a repensar sus opciones según cambiara la situación militar en su área. Minorías como los escoceses de las Tierras Altas residentes en Carolina del Norte, los anglicanos en Nueva Inglaterra, los inmigrantes alemanes en Pensilvania o los granjeros holandeses en Nueva Jersey tuvieron una tendencia a inclinarse por el bando que les parecía más tolerante, el Imperio británico, en lugar de apostar a favor de una mayoría norteamericana potencialmente más opresiva. De modo similar, varias decenas de miles de esclavos huidos que se unieron a los británicos y muchos de los pueblos indígenas norteamericanos, como, por ejemplo, cinco de las seis tribus iroquesas, esperaban, tal vez, que el Imperio británico, más diverso, los trataría mejor, en caso de resultar vencedor, que los blancos Estados Unidos si estos vencían.<sup>7</sup>

A medida que se agravaron las diferencias entre patriotas y lealistas, no tardaron en llegar a cortar en dos las comunidades e, incluso, las familias. Tal vez el ejemplo más famoso es el de los Franklin de Filadelfia: Benjamin, que hasta 1774 había sido el mejor amigo del Imperio en Norteamérica, se convirtió entonces en uno de sus enemigos más furiosos e implacables; mientras que su hijo William, último gobernador de la Corona en Nueva Jersey, llegó a ser uno de los jefes más apasionados de los lealistas norteamericanos. La Revolución también dividió a familias menos conocidas, tanto de ascendencia blanca como africana. Por ejemplo, los Whitecuff: Benjamin Whitecuff fue un hombre libre negro que espionó a favor de los británicos y prestó servicio en su Ejército y más tarde en la Marina Real. Su padre, también hombre libre, era granjero y luchó, con el grado de sargento, en el bando patriota, igual que su hermano. Benjamin fue capturado dos veces y escapó de la horca en ambas por poco; su padre y su hermano cayeron ambos en la guerra.<sup>8</sup>

Los lazos familiares no ablandaban siempre los corazones. Cuando John Adams declaró que habría colgado a su propio hermano si este hubiera sido lealista, la verdad es que esto le resultaba a él más fácil de decir que a otros, puesto que no tenía ningún hermano al otro lado de la querrela política. Caso distinto fue el de Gouverneur Morris, delegado en el Congreso proveniente de Westchester (Nueva York), quien mantuvo una estrecha relación con sus dos hermanas lealistas; además, su madre y la mayor parte de sus cuñados y her-

manastros eran también lealistas. Morris, con todo y eso, en su papel de perseguidor de lealistas, abogaba por las ejecuciones en público: el terror amilanaría a los dudosos e inspiraría a otros a luchar por la causa de los Estados Unidos.<sup>9</sup>



Los comités de seguridad obtenían información sobre los individuos sospechosos de distintos modos. Unos vecinos denunciaban a otros, a veces de forma anónima y otras sin ocultarlo. Si un comité decidía actuar a partir de testimonios o de rumores, lo habitual era que interrogara al sospechoso, escuchara a testigos y, a veces, interceptara la correspondencia del acusado o registrara su vivienda en busca de pruebas incriminatorias. Si la mayoría de los miembros del comité decidía que los cargos presentados contra un individuo estaban justificados, lo más frecuente era presionarlo para que renegara de su comportamiento y pidiera disculpas. Si, llegados a ese punto, el sospechoso no se plegaba al ritual que le exigían de apología y readmisión en la comunidad, entonces era habitual que los rebeldes lo humillaran en público y pidieran a la comunidad que cortara todo tipo de relación con él. Un autor escribió que ser declarado enemigo de su país era «una especie de infamia [...] más horrible, para un hombre libre, que la horca, el cepo o la estaca». En aquella sociedad, cuyos miembros estaban unidos por lazos muy estrechos, estas reprensiones públicas no eran, en absoluto, un mero acto retórico sin consecuencias: podían socavar las relaciones de confianza entre vecinos y socios comerciales, así como amenazar la reputación de una víctima y con ello su capacidad de obtener crédito o de ganarse la vida. Dado que el ostracismo tenía consecuencias tan graves, condenar a alguien a la muerte social ante la comunidad era, en sí misma, una forma de violencia.<sup>10</sup>

Algunos comités vigilaban sus distritos de un modo más proactivo y le pedían al conjunto de la población que les informara sobre las personas de las que se supiera que eran de lealtad dudosa, incluso aunque esto incitara a que muchos individuos se sirvieran de estas denuncias para ajustar cuentas privadas. En la primavera de 1775, la totalidad del comité de seguridad de Wilmington (Carolina del Norte) visitó de uno en uno todos los hogares para pedir que el cabeza de cada familia firmara un documento en apoyo de la Asociación, o que explicara, en caso de negarse, sus motivos. Fueron pocos los que, ante la presión de sus propios vecinos congregados a la puerta de su casa,



osaron no poner su firma. Pese a todo, once wilmingtonianos se negaron; estos disidentes fueron condenados al ostracismo y humillados por el *Cape-Fear Mercury*, una publicación creada ex profeso para ese tipo de propósitos.<sup>11</sup>

Los comités, que operaban fuera de la ley y que exigían el cumplimiento de los mandatos de la Asociación Continental, afectaron las vidas de los colonos de maneras intimidatorias y a veces violentas. Impusieron controles de precios sobre varias mercancías, por ejemplo, el azúcar y la carne; revisaban las facturas y los libros de cuentas de los comerciantes; vigilaban las aduanas e inspeccionaban los cargamentos de los barcos. En distintas colonias, el primer acto violento de la Asociación sucedió al llegar a los puertos buques con cargamentos que, según las nuevas normas, estaban prohibidos. Cuando el buque Peggy Stewart atracó en Annapolis (Maryland) y su dueño pagó el impuesto que ordenaba la Ley del Té, unos vecinos enfurecidos le quemaron el barco. Por toda la extensión de la costa este, varios comerciantes y propietarios de barcos a los que se les detectó la importación y venta de mercancías boicoteadas fueron embreados y emplumados, o se les amenazó con ese castigo.<sup>12</sup>

Bajo el nuevo código de consumo, la gente comenzó a no atreverse a comportamientos tan en apariencia inocuos como ofrecerle a un vecino, o a un viajero cansado, tomar un té, esa «hierba pestilente», según el lenguaje empleado por los patriotas. Los escritores lealistas llamaron la atención sobre la hipocresía de un régimen, cada vez más tiránico, que se había fundado en nombre de la libertad. En palabras de un poeta: «¿Hombres castigados legalmente por no violar la ley? / ¿Embreados, emplumados y carreteados por beber Bohea [té negro]? / ¿Y por fuerza y opresión obligados a ser libres?». Los lealistas y los funcionarios británicos pronto se dieron cuenta de que el sistema de comités creaba una atmósfera de suspicacia, temor y terror similar, decían algunos, a la Inquisición española.<sup>13</sup>

Lo que dijeras en público podía traerte problemas con los miembros de la Asociación, y lo mismo sucedía con tus gestos o tus acciones. Muchos fueron cazados por frases que alguien hizo parecer desleales, tal vez proferidas bajo los efectos del alcohol, o, tal como refirió un lealista, simplemente «dichas sin pensar que serían tomadas en cuenta». Los lealistas conscientes de que se les vigilaba, o que ya tenían algún familiar arrestado, prevenían a sus seres queridos para que tuvieran cuidado con lo que decían. La lealista Christina Tice, en una carta que fue interceptada por los patriotas, tranquili-

zaba a su marido diciéndole: «[...] ningún rebelde tendrá nunca el placer de conocer, por mi comportamiento externo, mis inquietudes interiores». Los individuos menos cuidadosos se arriesgaban a ser investigados si alguien les oía criticar al comité local, si brindaban por el rey o cantaban *Dios salve al rey* en la compañía equivocada, o si expresaban dudas sobre la capacidad de los Estados Unidos de resistir a Gran Bretaña.<sup>14</sup>

Los miembros de los comités no eran los únicos individuos que se dedicaban a imponer la lealtad. La Revolución también fue una época de violencia tumultuaria, en la que los comités colaboraron y a veces compitieron con las turbas locales en la persecución de los sospechosos de disidencia política. Estas acciones de las masas estaban enraizadas en la cultura política de la época. En las colonias británicas de Norteamérica, las multitudes amotinadas y las turbas habían tenido un papel destacado en numerosas controversias económicas y políticas. En la década de 1770, muchas comunidades locales continuaron esta tradición encargándose de quienes se sabía o se sospechaba que no apoyaban la causa de la independencia. Los «vigilantes del pueblo» ayudaban así a imponer las lealtades políticas.<sup>15</sup>

Es cierto que algunos comités intentaron limitar los excesos de las turbas. A principios de 1775, el comité de Northampton, en Nueva Jersey, intentó calmar los ánimos tras las graves acciones llevadas a cabo por una masa contra lealistas locales. El comité, apelando a la unidad, recalcó que tanto el Congreso Continental como el Provincial habían pedido el empleo de métodos pacíficos y también habían declarado que las formas con que se habían tratado a algunos lealistas habían sido «repugnantes a los dictados de la humanidad y a los preceptos de la religión». En alguna ocasión, los miembros de un comité fueron menos violentos de lo que hubiera deseado su comunidad. Cuando el comité de Cambridge (Nueva York) intentó evitar que el populacho local azotara a un lealista, la multitud hizo pasar a los miembros de dicho comité por un pasillo formado por «dos largas hileras de hombres, cada uno con un látigo largo y grande». Los azotes sirvieron para que el comité endureciera las medidas contra los lealistas.<sup>16</sup>

Sin embargo, muchos comités toleraron un grado importante de acciones descontroladas. De hecho, el límite entre las turbas y los comités era, como mínimo, borroso. Algunos comités, para ampliar el alcance de su autoridad, confiaban, de forma bastante explícita, en bandas de matones como los miembros de los Hijos de la Libertad, un grupo militante de artesanos y trabajadores formado en origen

contra la Ley del Timbre, una década antes. También sabían que las turbas eran siempre ingeniosas en las formas en que aterrorizaban a los sospechosos y en cómo castigaban a los que señalaban culpables. Las víctimas podían ser, por ejemplo, arrojadas a los ríos o estanques de los pueblos, donde les lanzaban arenques para que los comieran; o las colocaban sobre un bloque de hielo para que se les helase la fe en su equivocada lealtad; o las izaban a lo alto del letrero de entrada de una finca en compañía de un gato montés muerto; o las esposaban como esclavos para humillar a «todo este ganado»; o las azotaban o golpeaban hasta que se les rompían las costillas. Otros eran marcados en el rostro, como fue el caso de Peter Guire, al que le grabaron las letras «G. R.» (por «George Rex») en la frente.<sup>17</sup>

Que los comités no ponían coto a la violencia popular, y que en algunos casos la orquestaban, era ya algo que resultaba evidente cuando la Corona nombró a los llamados concejales *mandamus*\*, en los últimos meses de 1774. Los comités de Massachusetts supervisaron las manifestaciones populares contra estos nuevos funcionarios reales. En muchos lugares, las multitudes los obligaron a declinar la asunción de sus cargos o a dimitir de ellos. Uno de dichos funcionarios recibió de un amigo el sople de que no volviera a su casa, puesto que sus enemigos estaban «sedientos de tu sangre». La campaña de amedrentamiento concertada contra los *mandamus* acabaría alcanzando a otros individuos como Jesse Dunbar de Bridgewater (Massachusetts). El delito de Dunbar consistió en comprar ganado de un concejal *mandamus* en Marshfield. En el momento en que unos rebeldes relacionados con los Hijos de la Libertad lo atacaron, Dunbar había sacrificado y despellejado un buey y lo había preparado para la venta. Los agresores tomaron la carcasa del animal y obligaron a Dunbar a subirse a su vientre abierto. Varias turbas locales, una tras otra, lo carretearon a lo largo de varios kilómetros. Incluso llegaron a cobrarle varias veces el viaje. Cuando llegaron a Duxbury, los torturadores le resregaron y luego azotaron la cara con los intestinos del buey, dejándolo luego irse ensangrentado, amedrentado y avergonzado.<sup>18</sup>

El hecho de que colonos no significados como Dunbar se convirtieran en víctimas solo por hacer negocios con alguien nombrado por la Corona demuestra que la violencia contra los lealistas iba en ascenso. Según un testimonio lealista, el Dr. Abner Bebee de East Haddam (Connecticut) sufrió una vil variante del ritual de embreado y emplumado. Bebee se había quejado por el maltrato de una turba a su tío

\* N. del T.: Apelativo proveniente del latín *mandamus*, lit. mandamos. Indicaba que se trataba de concejales impuestos, mandados por la autoridad real.

y había expresado opiniones probritánicas hasta que una noche, una muchedumbre lo asaltó también a él. Embrearon y emplumaron al médico, que además era dueño de un molino, y lo llevaron a una pocilga, donde le restregaron estiércol por los ojos y se lo hicieron tragar a la fuerza, para luego exponerlo en aquel estado ante unas mujeres. La turba atacó la casa de Bebee dejando a su hijo «confuso», luego destruyó su molienda y, para terminar, ordenó a la comunidad romper cualquier contacto con él. Como ha señalado la historiadora Ann Withington, semejantes rituales de castigo «primero señalaban a las víctimas como anormales y corruptas, luego las ridiculizaban y avergonzaban y, para terminar, se dramatizaba su separación de la comunidad». Los patriotas desprestigiaban, ultrajaban, humillaban y deshumanizaban a sus vecinos lealistas.<sup>19</sup>

Los historiadores de la época de la Revolución suelen hacer hincapié en que los alegales comités valoraban mucho la resolución de las diferencias en el seno de las propias comunidades locales y que «hicieron lo que pudieron para evitar la violencia física». Sin embargo, aunque muchos comités presionaron para que hubiera dimisiones y disculpas, y pese a que incluso hubo casos en que mostraron preocupación por, al menos, las apariencias de los procedimientos, es necesario reconocer que la creación de unos vínculos de solidaridad siempre descansa en la exclusión de otros, a menudo por medios violentos. Como admiten incluso los historiadores que subrayan la mesura de los comités, la pertenencia a los mismos no era, «desde luego, una actividad para los pusilánimes». Si vemos los casos de abusos y violencia como meras «excepciones desagradables», corremos el riesgo de no reflejar con justicia la gama completa de las experiencias vividas durante el periodo revolucionario.<sup>20</sup>

La deshumanización del enemigo fue un método que los patriotas no tardarían en aplicar también contra los británicos y sus auxiliares alemanes, «brutos orangutanes asesinos», mientras que un oficial británico calificaba a los rebeldes de «reptiles». Varios meses después de la creación de la Asociación Continental, una vez que el conflicto desembocó, primero en escaramuzas y luego en una guerra total, las consecuencias que esto tendría para los lealistas, como era previsible, iban a ser muy crudas.<sup>21</sup>

## ANIMALES DESPRECIABLES

En abril de 1775, los casacas rojas británicos que pretendían confiscar armas rebeldes chocaron con milicias insurgentes en Lexington

y en Concord. Estos altercados violentos en el campo de Massachusetts se convertirían en las primeras batallas de la Guerra de la Revolución estadounidense. Pronto les siguió la victoria pírrica británica de Bunker Hill que tuvo lugar durante el asedio de Boston, en el mes de junio. A medida que escalaba el conflicto con Gran Bretaña, los revolucionarios endurecieron su labor de vigilancia del enemigo interior. Una señal del aumento del terror fue el propio lenguaje que empleaban los revolucionarios para describir a los disidentes políticos: los no partidarios de la Asociación se convirtieron en malditos rufianes e infames desgraciados, o en buitres y animales despreciables que debían ser exterminados. Los revolucionarios definían al individuo *tory* como una «cosa cuya cabeza está en Inglaterra y su cuerpo en América, y que necesita estirar el cuello». Los lealistas, por su parte, se referían a sus perseguidores rebeldes como «monstruos de cabeza despistada y emponzoñada, cuyo aliento es suficiente para envenenar y llevar a la ruina no ya solo a unos pocos individuos, sino a imperios enteros». Las palabras son una parte considerable de cómo se ejerce la violencia; este lenguaje era justo el necesario para preparar a los colonos de cara a una guerra brutal contra sus compatriotas.<sup>22</sup>

Las noticias de Lexington envalentonaron a los patriotas por todas las colonias. Mientras muchos de los vecinos de Samuel Curwen se movilizaban, este comerciante lealista de Salem de sesenta años acabó convenciéndose de que era imposible continuar en Massachusetts. En mayo de 1775, «incapaz de soportar más tiempo sus reproches injustificados y las amenazas que me hacían sin parar», Curwen buscó refugio en Pensilvania. Allí, el sentimiento lealista era más intenso en Filadelfia y entre los comerciantes y granjeros de los condados de Delaware y de Susquehanna. Curwen encontró dificultades hasta para conseguir una habitación en una casa de huéspedes de Filadelfia: «[...] tantos me rechazaron que me hicieron temer si yo, como Caín, acaso tenía una marca infamante o un rasgo notorio de *tory*». Casi presa del pánico por lo visto en Filadelfia, y pese a considerarse «completamente americano», Curwen tomó un barco hacia Inglaterra. En el verano siguiente felicitó a un amigo exiliado en Antigua por su «retirada de la tierra de opresión y tiranía». No pasaría mucho tiempo antes de que la huida, el exilio y la diáspora se convirtieran en lugares comunes en los relatos lealistas, situación que se repetía de forma simétrica en las experiencias vividas por los refugiados patriotas que huían de las áreas ocupadas por los británicos.<sup>23</sup>

También después de Lexington y Concord, los Hijos de la Libertad de la ciudad de Nueva York robaron 500 mosquetes y pólvora del ayuntamiento. Según John Wetherhead, un acaudalado importador de la ciudad nacido en Inglaterra, la alarma por lo sucedido en Massachusetts «precipitó a la gente hacia actos diez veces más violentos que nunca», en los que las turbas atrapaban y golpeaban a los que se negaban a maldecir al rey. El propio Wetherhead fue, después, acosado hasta que se mudó con su familia a Long Island, tras escapar por poco de una turba que aullaba «¡Maldito sea, atrapadlo y ahogadlo!». Más al sur, la gente del condado de Dutchess, en Virginia, se tomó la justicia por su mano cuando un juez del tribunal de causas particulares osó enviar a prisión a un miembro de un comité que había desarmado a unos lealistas locales. Los vecinos primero rescataron al prisionero y luego embrearon y emplumaron al juez. Era patente que, en cuanto la crisis con Gran Bretaña había pasado de ser una disputa política a un conflicto militarizado, los patriotas de todas las colonias intensificaban la persecución de los vecinos poco fiables. Los más castigados fueron aquellos que tenían capacidad de actuar como emisores y multiplicadores del disenso.<sup>24</sup>

En la primavera de 1775, en Nuevo Brunswick (Nueva Jersey), una muchedumbre colgó de un árbol la efigie de un editor de Nueva York. Este, James Rivington, se apresuró a ilustrar la escena mediante un grabado en la edición del 20 de abril de su propio periódico, *The New-York Gazetteer*. Al mostrar su propia figura colgada en efigie «solo por actuar de forma consecuente con su profesión de editor libre», Rivington contraponía su compromiso con la libertad de prensa con el deseo de sus enemigos de «pretender establecer la más cruel de las tiranías». Rivington, vástago de una próspera dinastía británica de editores que habían perdido su riqueza en el juego, había comenzado de nuevo en Norteamérica y fundado *The New-York Gazetteer* en 1773. En un primer momento hacía gala de un enfoque imparcial. En la portada de su periódico podía leerse: «IMPRESO en su imprenta ABIERTA y LIBRE DE INFLUENCIAS». Rivington acusaba a los patriotas de «machacar los sesos de cualquier hombre que se atreva a expresar lo que piensa con libertad en la actual disputa». Aunque el editor continuó publicando artículos partidarios de ambos bandos, ligando de forma evidente su pretensión de neutralidad como editor con su propia identidad dual de «inglés de nacimiento [...] *americano* por elección», el *Gazeteer* era visto como el periódico lealista por antonomasia. Unos 3600 ejemplares –una tirada muy considerable enton-

ces— circulaba por todas las colonias de la costa atlántica, el Caribe y ciudades clave de Gran Bretaña, Irlanda e incluso Francia. En abril de 1775, fue nombrado impresor del rey. Esto encolerizó a los patriotas, que lo trataron de «miserable, jacobita, mercenario, incendiario». Comités patriotas, algunos en lugares tan distantes como Carolina del Sur, ordenaron boicotear las publicaciones de Rivington. Algunos municipios registraban las bolsas de los carteros para evitar que el periódico llegara a sus poblaciones. En otros lugares, a la gente que era vista leyéndolo se le advertía, mediante palabras o a golpes, que dejara de hacerlo.<sup>25</sup>

Debido a la agresiva vigilancia de los patriotas, la libertad de prensa se veía en una situación cada vez más apurada. Cuando la *New Hampshire Gazette* se negó a revelar el nombre de un autor anónimo que había criticado con dureza la atmósfera de miedo y represión, las autoridades revolucionarias la clausuraron. En otros lugares, los editores fueron amenazados para que se retractaran de afirmaciones polémicas. Además de quema de libros, hubo casos en que los patriotas se apoderaron de tiradas completas de panfletos que consideraban peligrosos y los destruyeron. En aquella escalada de los niveles de violencia, los lealistas tenían cada vez más difícil que se escucharan sus opiniones.<sup>26</sup>

Después de que la oficina de Rivington fuera asaltada en varias ocasiones, en noviembre de 1775, el patriota radical Isaac Sears, a la cabeza de un piquete armado a caballo de unos ochenta miembros —Hijos de la Libertad y voluntarios de Connecticut—, atacó el local de la imprenta. Destruyeron las instalaciones y se llevaron los tipos móviles de plomo. Rivington escapó ileso y se refugió a bordo de un buque de guerra británico, lo cual fue objeto de burlas que pedían que se le eximiera del boicot contra las exportaciones. Este tipo de silenciamiento de los editores que no se sometían continuó durante los años de la guerra.<sup>27</sup>

Del mismo modo que vigilaban de cerca a quienes imprimían panfletos o periódicos, como Rivington, los patriotas también se centraron desde entonces en los sacerdotes anglicanos de su entorno. Es obvio que no todos los anglicanos, clérigos o seglares, eran lealistas militantes, pero entre ellos se contaban algunos de los adversarios más reconocidos de la resistencia colonial. Su púlpito les brindaba una plataforma de comunicación muy poderosa; algunos de los impresores de los panfletos lealistas más influyentes eran también clérigos. Tales contrarrevolucionarios, que representaban una amenaza para la causa estadounidense, debían ser vigilados y, si era necesario, había que hacerles callar. Desde

el verano de 1775, los rebeldes intimidaron de forma habitual a los clérigos anglicanos lealistas.

El reverendo Ebenezer Dibblee de Stamford (Connecticut), sufrió «terrores de noche y de día por miedo a la violencia de las turbas sin ley y la soldadesca desmandada». Sobrevivió a un «atrevido intento de acabar con mi vida, en el que me dispararon cuando iba a asistir a un funeral. Fui emboscado en un camino que no pensaba que volvería a transitar sino rara vez, cuando iba a cumplir con los deberes particulares de mi ocupación». La familia de Dibblee padeció el acuartelamiento de soldados patriotas; su hija —se lamentó Dibblee— acabó «completamente loca» a causa del miedo. Después de que el reverendo Richard Mansfield, que atendía a otras dos poblaciones de Connecticut, Derby y Oxford, hablara en términos irrespetuosos del Congreso, se vio obligado, igual que muchos otros clérigos, a «huir al exilio para escapar de la violencia y el apresamiento, cuando no de la muerte inmediata». Mansfield dejó a sus trece hijos al cuidado de sus feligreses, que en su inmensa mayoría seguían siendo lealistas. Debido a que el reverendo John Beach de Newton y East Redding se negó a dejar de rezar por el rey o a cerrar su iglesia «hasta que los rebeldes le cortaran la lengua», una multitud patriota lo apresó en plena misa y amenazó con rebanarle la parte del cuerpo con la que predicaba la contrarrevolución. Arrastrado enfrente de su iglesia, le ordenaron arrodillarse y rezar su última oración. Al final, sus atormentadores lo dejaron ir, atemorizado, sin duda, aunque sin daño físico.<sup>28</sup>

Muchedumbres de patriotas rompían las ventanas de las iglesias anglicanas. Robaban el interior de los lugares de culto y vertían botellas de ron sobre los altares. Los sacerdotes eran sacados a la fuerza del púlpito, sufrían el lanzamiento de objetos o eran víctimas de disparos en pleno sermón. Algunas turbas embrearon y emplumaron a sacerdotes o los marcaron con la señal de la cruz empleando una «fregona rellena de excrementos, a modo de obsequio por su lealtad a un rey que maquinaba crucificar a toda la buena gente de América». Fueron muchos los clérigos que acabaron desterrados y con sus propiedades confiscadas, o que estuvieron presos durante varios meses o incluso años. En 1776, varios habían muerto ya por los abusos de los patriotas o debido a las penosas condiciones de su encarcelamiento. Además de sacerdotes anglicanos, entre los clérigos se contaban otros como el reverendo John Roberts, ministro de Charleston (Carolina del Sur), que se oponía a la Revolución. Una turba rebelde, después de embrear y emplumar al religioso, lo

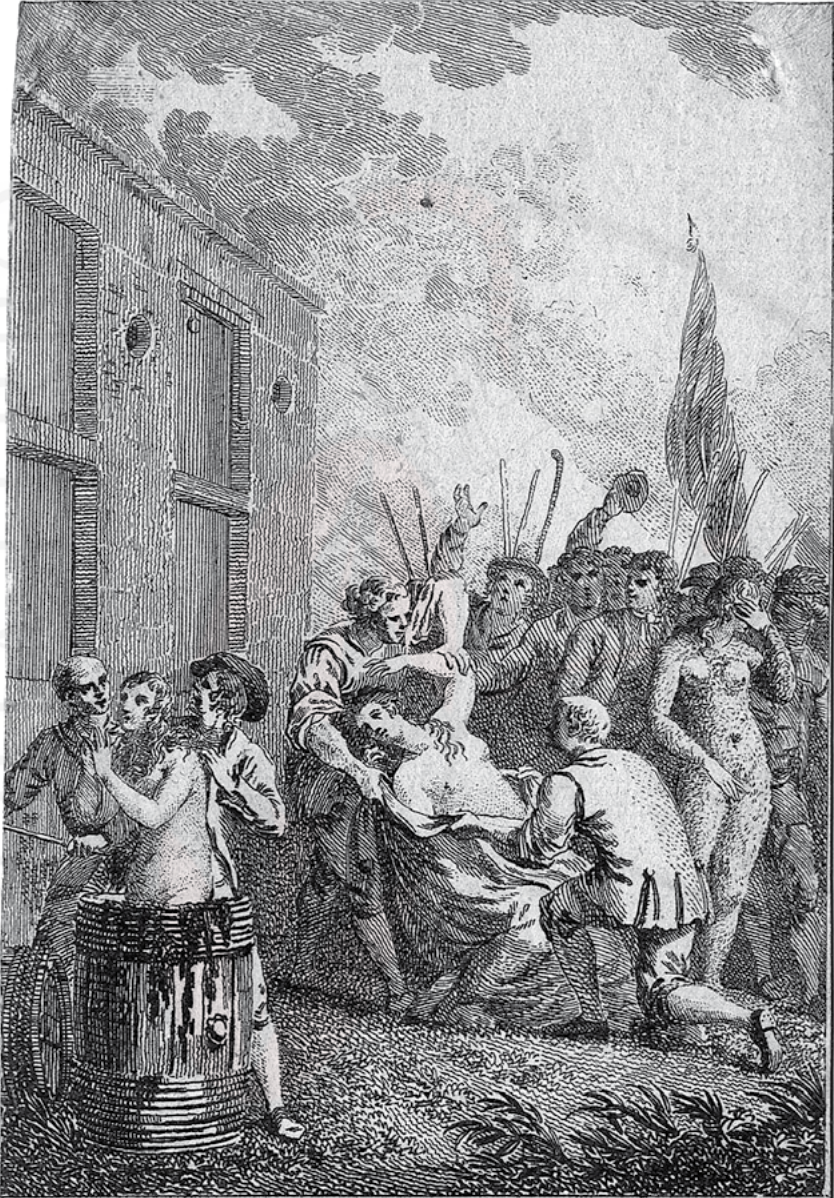


colgó en un patíbulo y después quemó su cuerpo en una hoguera, un castigo que, por lo general, se reservaba a herejes, brujas y, en la Norteamérica colonial, a los esclavos.<sup>29</sup>



Si impresores y sacerdotes comenzaron a ser objeto de un escrutinio sistemático, presiones psicológicas y, demasiado a menudo, agresiones físicas, los comités revolucionarios emplearon también, en grado cada vez mayor, los juramentos de lealtad para descubrir a los disidentes de entre el resto de los colonos. Desde mediados de 1775, los individuos que se negaban a jurar se arriesgaban no solo al ostracismo, sino también al arresto, la cárcel, la confiscación de sus bienes y el destierro. Igual que había sucedido con las coerciones anteriores, no hay duda de que fueron muchos quienes hicieron el juramento patriota como medida razonablemente práctica de autoprotección, para evitar ser detenidos, escapar de castigos o, simplemente, poder permanecer tranquilos en sus granjas. Sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, los compromisos verbales dejaron de ser suficientes para tranquilizar a unos revolucionarios que se estaban aprestando para una guerra total. Si alguien quería demostrar su adhesión a la causa, ahora tendría que estar dispuesto a participar en la instrucción militar de la milicia y a defender la causa de la independencia con las armas. En otoño de 1775, después de que se efectuaran purgas en las antiguas milicias coloniales, numerosos comités que abarcaban desde Nueva Inglaterra hasta Carolina del Norte ordenaron que todos los hombres blancos capaces de portar armas se alistaran en compañías armadas y que estas eligieran a sus oficiales. En Massachusetts, donde la guerra con Gran Bretaña ya se había cobrado las primeras bajas militares, el Congreso Provincial ordenó a los comités locales que desarmaran a todos los hombres no fiables. El servicio en la milicia, que en un primer momento era voluntario, se fue transformando en obligatorio, y negarse al mismo se castigaba con multas cada vez mayores.<sup>30</sup>

Si los patriotas habían comenzado a militarizarse, los lealistas hicieron lo propio, formando asociaciones que iban desde Connecticut y Massachusetts hasta las colonias sureñas. En el momento en que los patriotas comenzaban a movilizarse, 400 lealistas acudieron por su parte a una reunión en Westchester (Nueva York), en abril de 1775. Algunos de ellos fundaron una asociación para defender el orden imperial, así como sus vidas, libertades y propiedades. A medida que los patriotas intensificaban sus actividades, los lealistas hacían otro tanto formando



*Hancock's Warehouse for Taring &*  
*FEATHERING.*

Izquierda: No hay pruebas de que se embreara y emplumara a ninguna mujer durante la Revolución estadounidense, pero dicha situación sí fue imaginada en esta estampa, *El almacén de Hancock para embrear y emplumar*, publicada de forma anónima en Londres. Las mujeres que vemos han sido acusadas de haber importado té de forma ilegal. Una de ellas, en la izquierda de la imagen, está siendo untada de brea en un barril mientras que, en el centro, a una segunda la están desnudando o, tal vez, metiendo en un saco. A la derecha, una tercera mujer desnuda se cubre sus partes íntimas y esconde el rostro avergonzada. Una imagen así era capaz de conmocionar a un público ilustrado, acostumbrado a medir el grado de civilización de una sociedad según el tratamiento que esta diera a las mujeres.

unidades militares en secreto. Sin embargo, en otros lugares, las asociaciones patriotas superaban con mucho a las lealistas: aquel mismo abril, unos 2500 patriotas de Massachusetts desarmaron a 300 lealistas que se habían asociado en Freetown para mantener «al vecindario sujeto a la autoridad del rey». <sup>31</sup>

En un ejemplo especialmente brutal de violencia revolucionaria, Thomas Brown, dueño de una plantación, casi resultó muerto en la población de New Richmond, en el interior de Carolina del Sur. Recién llegado de Inglaterra, se negó a apoyar a la Asociación de los patriotas y, en lugar de ello, se unió a una de las asociaciones paramilitares lealistas. Por desgracia, ningún camarada lealista acudió a salvarlo cuando, un día de agosto de 1775, alrededor de 130 rebeldes lo atraparon en su casa, lo derribaron de un golpe con la culata de un mosquete que le fracturó el cráneo, se lo llevaron de allí «subido en un caballo como un becerro», lo ataron a un árbol mientras seguía inconsciente, le embrearon las piernas, le quemaron los pies —perdería dos dedos— y le arrancaron parte del cuero cabelludo. La multitud carreteó a Brown por varias localidades y lo obligó a jurar lealtad a la Asociación, hasta que al final lo soltaron justo al otro lado de la frontera con Georgia, colonia en la que los lealistas eran, tal vez, mayoritarios. <sup>32</sup>

Brown sobrevivió a su suplicio. Se retractó de su falsa promesa patriota, formó los King's Rangers y fue un jefe lealista militante durante gran parte de la guerra. Con todo, los grupos del estilo de la primera asociación lealista de Brown padecían una desventaja crucial. Aunque la cifra total de lealistas fuera muy significativa, estaban repartidos de modo desigual por las distintas colonias y regiones, lo que dificultaba que formaran un movimiento cohesivo. Esta circunstancia se veía agravada por su diversidad sociodemográfica. Al no existir un mando único que los coordinara y que abarcara a todas las colonias, los lealistas eran muy vulnerables a la coerción violenta de los patriotas. De hecho, en el

otoño de 1775 los rebeldes armados ya estaban desmantelando asociaciones lealistas por todo Connecticut y Nueva York.<sup>33</sup>

Mientras se desmoronaban las asociaciones lealistas, los comités de seguridad y las milicias patriotas refinaron sus métodos de acoso y amedrentamiento de los enemigos internos. Janet Schaw describió este proceso en su diario. Esta, escocesa de alrededor de cuarenta años, en 1775 visitó Schawfield, la plantación que su hermano lealista tenía cerca de Wilmington, en Carolina del Norte. En su testimonio se refleja que los lealistas como su hermano se encontraban en una situación difícil: «Se propone una alternativa: “Accede a unirse a nosotros y tu persona y propiedades estarán a salvo; obtendrás un chelín de plata al día; tu tarea será solo desfilar con tu arma por Wilmington una vez al mes”». Pero, Schaw continuaba, «si te niegas, vamos a segar tu maíz, disparar a tus cerdos, quemar tus casas, apoderarnos de tus negros y, tal vez, embrearte y emplumarte». A petición del Congreso y de las asambleas legislativas de los estados, ahora era habitual que los lealistas más agresivos fueran aprehendidos por las unidades de milicia, sobre todo en las áreas más importantes desde el punto de vista militar. Una institución que había nacido en Inglaterra, que luego había pasado a las colonias de Norteamérica como una fuerza de ciudadanía armada, se había convertido en una especie de fuerza policial revolucionaria que, si era necesario, empleaba la violencia para mantener sometidos a los opositores declarados.<sup>34</sup>

Janet Schaw fue, sobre todo, una observadora. En un principio, la mayoría de las mujeres estuvieron algo aisladas del fervor revolucionario. No se las obligaba a que hicieran juramentos de lealtad ni se las perseguía, puesto que los rebeldes las consideraban apolíticas. Sin embargo, los patriotas pronto se dieron cuenta de que muchas mujeres tenían, de hecho, opiniones propias y eran activas políticamente. Al fin y al cabo, las mujeres favorables a la Revolución también asumían un papel cada vez más importante. Algunas mujeres criticaron el boicot norteamericano a los productos de consumo. Pronto apoyarían el esfuerzo bélico proporcionando ropa a los soldados; sirviendo de cocineras, enfermeras y lavanderas en los campamentos; y, también, actuando como correos y como espías. De modo similar, a medida que escaló el conflicto con Gran Bretaña, los comités revolucionarios comenzaron a interrogar a las mujeres de ideas políticas sospechosas y a tomarles juramentos de lealtad. En alguna ocasión, los patriotas tomaron a mujeres como rehenes o las pusieron bajo arresto domiciliario para chantajear a sus maridos lealistas y forzarlos a que cambiaran de bando. Los lealistas que huyeron de las persecuciones refirieron, más

tarde, que los patriotas no se limitaron a confiscar sus propiedades, sino que también dejaban a sus mujeres e hijos tirados en la calle con poco más que lo puesto.<sup>35</sup>

## LA CATACUMBA DE LA LEALTAD

Además de proceder a la expulsión violenta de los lealistas de sus comunidades locales, los patriotas también apresaban a los adversarios de la Revolución. Algunos lealistas que sobrevivieron el cautiverio a manos de los rebeldes relataron los abusos que sufrieron durante el camino a distintas cárceles. Fueron obligados a caminar decenas de kilómetros con pesadas cadenas, y los guardias los golpeaban sin motivo y les hacían desfilar por las calles de los pueblos «para dar con nosotros ejemplo a todos los *tories* o a otros que se pudieran adherir al Nerón de Inglaterra, según decían». Algunos murieron a consecuencia directa o indirecta de dichas marchas. Otros soportaron meses de abusos e incluso de torturas por parte sus captores, que los mantenían medio hambrientos en prisiones inmundas, heladas o calurosas, donde muchos contrajeron fiebres, el tifus y otras enfermedades.<sup>36</sup>

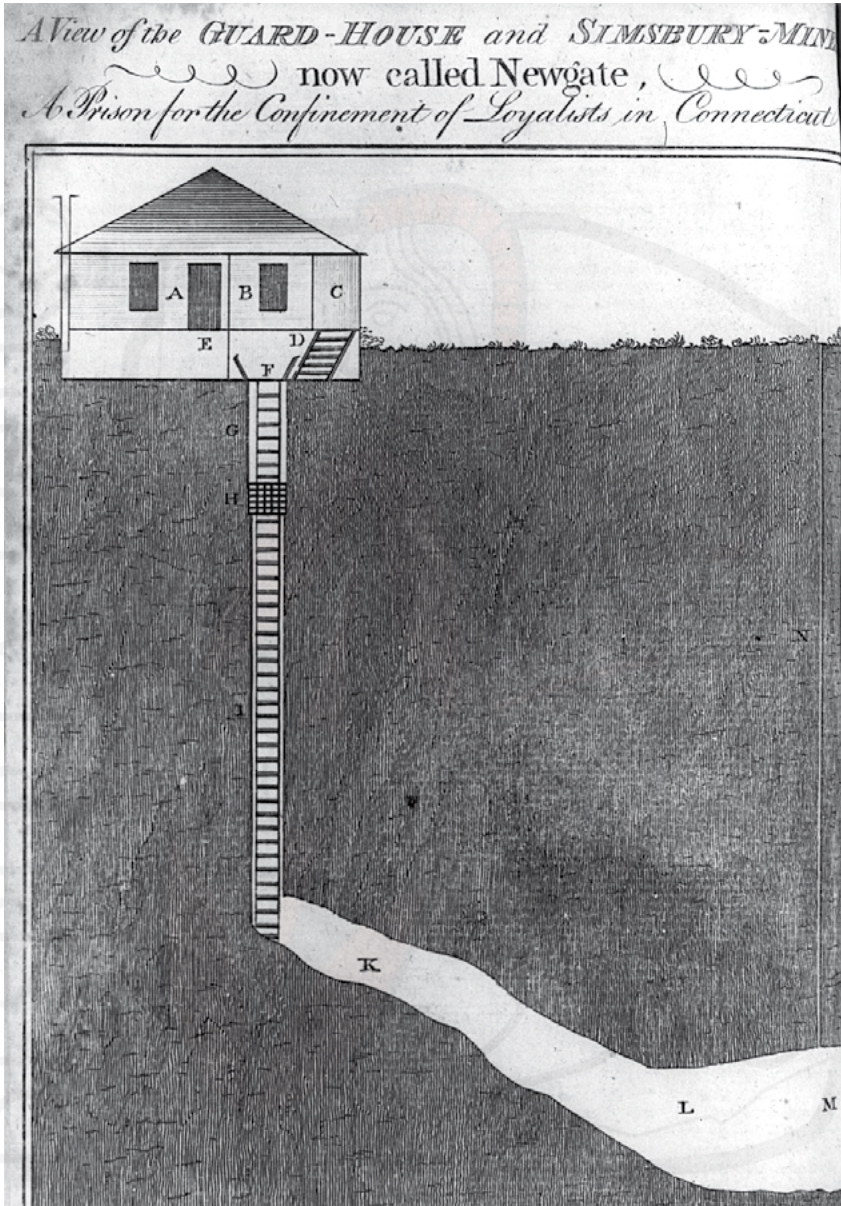
En la cárcel de Kingston (Nueva York), un maltrecho recluso describió una habitación cuadrada, de 4 m por lado, en la que solo había un pequeño montón de paja para que los prisioneros descansaran. En un extremo de la estancia, comentó con sarcasmo, se encontraba «la mitad de una Elegante Casa de Necesidad», es decir, de un retrete. La otra mitad de este, sin que hubiera partición entre ambas, la empleaban otros nueve prisioneros situados en una cámara adyacente. Los expertos médicos indicaron que el exceso de reclusos provocaría fiebre carcelaria [tifus]. Según ellos, cualquiera que tuviera «un mínimo destello de humanidad» organizaría aquello de otro modo. La Convención Provincial, situada en el juzgado que estaba encima de la cárcel, permitía a sus miembros fumar para contrarrestar los «nauseabundos y molestos efluvios» que ascendían de esta como una amenaza. Los cautivos lealistas, aislados por completo del mundo, no tenían permitidas las visitas, salvo, en muy raras ocasiones, de un doctor; su única compañía eran los piojos y las pulgas.<sup>37</sup>

Es cierto que, en aquella época, los prisioneros vivían por lo general en muy malas condiciones, pero el número extraordinario de prisioneros políticos, más el de los prisioneros de guerra, excedió aún más las capacidades de las instalaciones que podían albergarlos. Además, incluso cárceles como la de Kingston no eran nada si se las comparaba con la temida prisión subterránea que había en Simsbury (Connecticut), que

había sido antes una mina de cobre. Cuando los patriotas arrestaron al coronel Abijah Willard –uno de los nuevos concejales *mandamus*– por traidor, una muchedumbre lo llevó obligado a pie, durante varios kilómetros, en dirección a aquel lugar terrorífico. Solo imaginar lo que le esperaba bastó para que Willard se doblegase a la «ira y violencia» de los patriotas, firmara el juramento de estos y les suplicara perdón. También los lectores de periódicos de Gran Bretaña recibieron algunas informaciones de aquel lugar donde, se decía, «los lealistas eran enterrados vivos». A principios del siglo XIX, un inglés que visitó la espantosa instalación la calificó de «objeto de terror».<sup>38</sup>

No es fácil hallar descripciones detalladas de la mencionada prisión, aunque algunos fragmentos que nos han llegado nos permiten recuperar, en cierto grado, lo que debieron de sentir quienes fueron encarcelados en ella. En 1824, el *New-York Mirror* publicó un relato detallado del juicio político de un tal Edward Huntington, acontecido durante la época revolucionaria. Huntington, acusado de ser un jefe lealista, había insistido en que él era «un súbdito británico» y que, como tal, exigía que se le tratara como prisionero de guerra según las «leyes de la guerra civilizada». Ante los gritos de los espectadores de la sala que gritaban «¡Fuera con el traidor, a las minas con el *tory!*», Huntington –que se negaba a reconocer la autoridad del tribunal– afirmó: «Mi padre era británico, un británico leal y patriota». Aunque él, por su parte, había nacido «en una colonia extranjera», reiteraba: «[...] no podría olvidar nunca que desciendo de una familia leal». Al poco, el acusado se enzarzó en una pelea a gritos con el juez, quien le exigía que se sometiera a su autoridad. «¡Obediencia! –replicó Huntington– ¡Ja! ¿Hablas tú, rebelde, de obediencia?». El juez puso al prisionero una guardia militar para protegerlo de la acalorada multitud, aunque al final lo condenó por encabezar una banda lealista. Su sentencia sería pasar el resto de sus días entre 20 y 30 m bajo tierra, en una oscura, húmeda y claustrofóbica tumba en vida.<sup>39</sup>

A su llegada a Simsbury, seguro que Huntington tuvo que pasar primero por la sala de guardia y a través de una trampilla para llegar a un espacio parcialmente subterráneo donde, «cerca del pie de la escalera, se abría otra trampilla grande cubierta por barras y tornillos de hierro, a la que llamaban Infierno». Tras descender por una escala de casi 2 m, Huntington llegaría a una «gran reja de hierro o escotilla que cerraba un hueco de alrededor de un metro de diámetro horadado en la roca» que llevaba al «pozo sin fondo». Descendería por otra



*Vista de la prisión y minas de Simsbury, hoy llamado Newgate. Una prisión para el confinamiento de lealistas en Connecticut (Londres, 1781). Simsbury era una mina de cobre reconvertida que poseía una cabaña de madera –más tarde fortificación– para los guardias situada encima del pozo principal. Este llevaba a tétricas cavernas sin iluminación ni ventilación que servían de cárcel improvisada para prisioneros comunes, políticos y militares. Como se ve en esta ilustración que apareció en un periódico británico, al área de confinamiento se accedía por un sistema de trampillas, plataformas y escalas.*

escala unos 12 m hasta un rellano y luego tendría que bajar alrededor de 10 m más, en una oscuridad cada vez más profunda, hasta alcanzar una plataforma hecha de tablones o planchas.<sup>40</sup> Los nuevos reclusos, excepto los de menor estatura, comprobaban entonces que no podían ponerse de pie, puesto que los techos de la caverna solo tenían en torno a metro y medio de altura. La desorientación del recién llegado aumentaba, sin duda, al comprobar que el área de residencia de los reclusos estaba inclinaba, hacia el este, con un ángulo de descenso de 25° a 30°. Durante los primeros 20 m el lugar era muy estrecho, de una anchura variable de entre 2 y 6 m que luego se ampliaba, más al este, hasta 30 m. La longitud total no pasaba de 50 m. Uno se pregunta si Huntington habría leído los artículos publicados en los papeles patriotas donde se defendía que los «apartamentos subterráneos de aquella lúgubre mansión» eran una «morada adecuada para esos hijos de la oscuridad», es decir, para lealistas como él.<sup>41</sup>

Huntington no solo encontraría allí a otros norteamericanos británicos cuyo único delito era seguir fieles al Imperio, sino también a criminales violentos que cumplían condenas que iban desde un año hasta cadena perpetua por delitos como robo de caballos, robo con asalto, bandolerismo, agresión sexual o complicidad en asesinato, junto con un puñado de soldados del Ejército Continental convictos por tribunales militares. El general Washington consideraba a dicha colección de reclusos unos «villanos tan flagrantes y atroces» que las demás prisiones le parecían insuficientes para albergarlos. Entre los prisioneros lealistas norteamericanos, sabemos que unos pocos fueron sentenciados a condenas limitadas de, por ejemplo, uno o dos años, mientras que otros, como Huntington, lo fueron de por vida. Sin duda, muchos dieron por seguro que se quedarían allí mientras durara el conflicto.<sup>42</sup>

No se obligaba a todos a permanecer siempre bajo tierra, en las cavernas. Parece que muchos de los penados, durante el día, eran empleados en trabajos en el exterior, sobre todo en la fabricación de clavos. Al amanecer, guardias armados llevaban a estos prisioneros, en grupos de dos o tres, a bancos de trabajo situados en una edificación que había encima de las minas. Se les encadenaba a los bancos por los pies, y algunos tenían que llevar también argollas de hierro en el cuello que se sujetaban con cadenas a unos travesaños altos. No está claro si también se empleaba de forma regular a los prisioneros lealistas en estos trabajos. Edward Huntington sí que refirió que el guardián lo eximió de los turnos de trabajo durante la primera etapa de su cautiverio. Una información posterior sugiere que, al menos a algunos de



los reclusos considerados más peligrosos, se les mantenía bajo tierra de forma permanente, e incluso los encadenaban a la roca con hierros que «les comían la carne».<sup>43</sup>

En la profundidad, Huntington tal vez encontrara paja o ramas sobre las que tumbarse, algo acolchado que le protegiera de la dura y húmeda roca. Pero, aunque hubiera conseguido hacerse con uno de los catres de madera que estaban repartidos por las paredes de la caverna, habría descubierto que la humedad de la paja ayudaba a la proliferación de las pulgas. Un visitante inglés posterior recordaría que el agua se filtraba por las grietas de la roca y acababa por acceder a la caverna, donde el

vapor de los pasillos húmedos se concentra en voluminosas gotas que se forman en el envejecido maderamen de las lúgubres mazmorras; moho y un mantillo empapado y blando han salido en las paredes laterales; el agua forma hilillos en las paredes adamantinas, y el verde sucio de las impregnaciones de cobre confiere un aspecto de lo más sombrío a las solitarias cavernas.<sup>44</sup>

Según se fue llenando esta prisión, que pronto contendría varias docenas, o tal vez un centenar de reclusos, las condiciones de vida en aquel espacio tan reducido en el que apenas circulaba el aire, sin luz natural y con una humedad constante, en el que los prisioneros tenían escasas posibilidades de lavarse y donde suponemos que usarían tinas comunitarias como lavabos, serían excelentes para el desarrollo de enfermedades como fiebres, gripe, problemas respiratorios, disentería y tifus. A veces los prisioneros conseguían quemar carbón en ollas para intentar anular los olores nocivos.

Los retos psicológicos derivados de estar preso en Simsbury eran tan grandes como las penalidades físicas. Según Edward Huntington, cuando descendió «al oscuro abismo», toda «esperanza parecía haber levantado su último vuelo». Su estado mental era un reflejo de la tristeza del lugar que lo rodeaba, mientras su alma parecía que «cedía a la oscura influencia de la desesperanza». Las tétricas cavernas se tragaban la escasa luz que «caía sobre las escuálidas formas de los infelices aquí encarcelados [...] apenas servía para mostrar que se trataba de hombres». Los presos solían padecer nistagmo, un movimiento involuntario de los ojos causado por la tensión constante de intentar ver con muy poca luminosidad. Las paredes de roca rebotaban las ondas sonoras por

todos lados, «impartiendo en la palabra hablada un timbre metálico difícil de reproducir». En esta «catacumba de la Lealtad», según la definición del reverendo lealista Samuel Peters, la «luz del sol y la luz del Evangelio están igual de ocultas para los mártires, cuya resurrección eclipsará el asombro que causó la de Lázaro». <sup>45</sup>

Por si no fuera suficiente con el encarcelamiento subterráneo, Simsbury, como muchas prisiones, tenía una celda especial para el confinamiento aislado de los reclusos más problemáticos. Era un área, cercana al final de uno de los pasillos, que formaba un cuadrado de unos 6 m por cada lado, completamente oscura y con las paredes de roca desnuda. En el centro había una piedra, algo más elevada, con un cerrojo de hierro al que se encadenaban una o ambas piernas del prisionero. Fuera en una celda aislada o no, estar retenido contra la propia voluntad a muchos metros bajo tierra, en compañía de delincuentes y militares convictos, sin garantía de que algún día llegaría la libertad, debe haber sido una experiencia pavorosa para cualquier lealista. Tal como refirió uno de los primeros historiadores del periodo, el «absoluto aislamiento del mundo de sus reclusos la convertían, a ojos de la gente común, en algo muy parecido al *Infierno* de Dante». <sup>46</sup>

Los prisioneros desesperados planeaban escapadas llenas de riesgos. En una ocasión, los cautivos cavaron hasta llegar a un pozo minero abandonado repleto de rocas y escombros. Se desprendieron unas piedras y al menos tres hombres acabaron enterrados bajo los cascotes; no está claro si consiguieron salir de allí. En otra ocasión, unos prisioneros despejaron un antiguo túnel de drenaje e hicieron un fuego con la intención de desatascar unas piedras de gran tamaño que no habían podido mover, pero al menos un hombre murió ahogado por el humo. Una y otra vez, los prisioneros protagonizaban intentos de escapada en masa en los que prendían fuego a la casa de guardia situada encima del pozo de acceso. En más de una ocasión los prisioneros sometieron a los guardias y los encadenaron antes de huir. A veces los vigilantes aceptaban un soborno a cambio de permitir la huida de algún prisionero. <sup>47</sup>

La prisión de las minas se cerró de forma temporal en la primavera de 1777 (los reclusos fueron trasladados a Hartford Gaol, a casi 30 km de distancia), pero se restableció en 1780 con medidas de seguridad mucho mayores. En 1781 había ya un teniente y un sargento al frente de 24 soldados bien armados. El visitante inglés de quien ya hemos hablado concluyó que «los prisioneros en esta cárcel son tratados como tigres de un zoológico», y «todo aquello que la humana arte puede hacer, se hace en este caso para embrutecer e inflamar a la víctima». No

extraña, pues, que los prisioneros desarrollaran una disposición feroz» que inspiraba, con razón, temor en sus guardianes. Cuántos de aquellos prisioneros murieron allí, y cuántos otros padecieron efectos debilitantes permanentes por su cautiverio, sigue sin saberse.<sup>48</sup>



Durante aquella que fue la primera guerra civil de Estados Unidos, el tormento psicológico y la violencia física desempeñaron un papel mucho más grande en la supresión de la disidencia de lo que se suele admitir. La infraestructura que los patriotas crearon para la revolución, que a menudo se celebra como innovadora —es innegable que los comités creados al nivel de las pequeñas comunidades, en el de los distritos y en el de las colonias fueron un logro significativo de movilización política—, fue para los lealistas un aparato de opresión y de terror.<sup>49</sup>

Una palabra descuidada en compañía inadecuada, o un ofrecimiento a tomar el té, podían conducir a alguien al ostracismo; los disidentes corrían el peligro de ser arrastrados ante los comités o apresados por guardias armados; las partidas de búsqueda allanaban tanto los límites de un almacén como la privacidad de un dormitorio. En suma, los norteamericanos vivieron en un clima de desconfianza, de autocensura y de temerosa aprensión. Un sinnúmero de individuos tuvo que tomar decisiones por causa de amenazas veladas o explícitas. A veces fueron sometidos a maltratos o incluso a torturas, y se vieron obligados a elegir entre sus ideas políticas y el deseo de salvaguardar sus vidas, sus familias, sus propiedades y el sustento.

La mayor parte de los historiadores modernos subraya que la Revolución estadounidense fue menos violenta que muchas otras. Pero, para los lealistas víctimas de aquellas amenazas y abusos, dicha afirmación habría sido un triste consuelo. Conocer ese detalle no habría disminuido la zozobra de quienes presenciaban cómo los patriotas aterrorizaban a sus vecinos, o de los que leían en los periódicos o se enteraban por conocidos de la persecución o la muerte de amigos o familiares lealistas.

Nunca podremos cuantificar la violencia que soportaron los lealistas norteamericanos. Pero hay que tener en cuenta que, debido a que cada persona se imaginaba la posibilidad y la naturaleza de la violencia que ella misma u otros podrían sufrir, la violencia acababa por manifestarse no solo de forma física, sino que llegaba a marcar la actitud de todos los individuos. Aunque solo una minoría de los lealistas padeciese abusos directamente, dicho tipo de incidentes estaban tan extendidos, y se hablaba y se escribía tanto sobre ellos,

que bastaban para infundir temor tanto en los lealistas más acérrimos como en los sospechosos de no simpatizar con la causa patriota, o en cualquiera que dudara. La impredecibilidad con la que sucedían estos actos servía, además, para incrementar la sensación de peligro continuo, aunque fuera latente. Los revolucionarios utilizaron el terror —en actos de violencia, o mediante la amenaza de la misma— para aplastar a los disidentes.

Igual que las heridas infligidas a norteamericanos en la bostoniana King Street, en Lexington Green y en Bunker Hill les recordaban a los patriotas su separación violenta de Gran Bretaña, la construcción de una nueva comunidad patriota conllevaba purgar a esta —con violencia, si era necesario— de quienes no apoyaban la causa. Si la revolución que había comenzado en nombre de la libertad ya perseguía, golpeaba y torturaba a los lealistas, e incluso condenaba a algunos de ellos al olvido bajo tierra cuando todavía la mayoría de los patriotas aún no contemplaban en serio el proyecto de la independencia, ¿qué les tendría reservada la insurgencia norteamericana a los enemigos internos para más adelante? ¿Cuándo vendrían, de una vez, el rey y el Imperio a salvar a los norteamericanos británicos, que tanto sufrían por sus fieles servicios?

### Notas

1. Mi relato de la historia de Malcom está basada en Irvin, B. H., 2003, 197-238 y en Hersey, F. W. C., 1941, de cuyas páginas 444, 446, 447, 452 y 445 se toman las citas de esta sección a menos que se indique otra cosa. Véase *ibid.*, 435, información sobre Malcom y el alzamiento de la Regulación. El mismo tema también se estudia en Wilf, S., 2000. Véase también AO12/105/41; 13/75/41-45; Philbrick, N., 2013, 14-22; Hunt, J. B., 1973, 381-383. En cuanto al diario de B. Merchant: Cunningham, A. R. (ed.), 1969, 25 de enero de 1774. Sobre Hewes y una lectura desde el punto de vista de las diferencias de clase social, véase Young, A. F., 1999, cap. 7. En cuanto a los periódicos, todos ellos de 1774, véase *Boston Gazette*, 31 de enero, 4 y 20 de febrero; *Massachusetts Gazette*, 27 de enero y 3 de febrero; *Boston Evening Post*, 31 de enero, 14 de febrero y 4 de abril; *Massachusetts Spy*, 27 de enero y 17 de febrero; *New-York Journal*, 17 de febrero. La cita de Hulton está tomada de Hulton, A., 1927, 71. En cuanto a la receta, véase Adair, D., Schutz, J. A. (eds.), 1961, 94. Una interpretación del embreado y el emplumado como una «articulación ritual de la justicia en la costa» contra los funcionarios británicos y los informadores de la aduana puede verse en Carp, B. L., 2007, 53-55 (cita 54).

2. Sobre este párrafo y el siguiente, véase Yiruch, C. B., 2013, 191-194 (se cita a North en 191: «cabecilla»).
3. Carp, B. L., 2010, 199; McDonnell, M. A., 2013a, 106, pero véase también en la pág. 108 cómo la «acción radical enmascaraba divisiones profundas» en muchos lugares. Acerca del primer Congreso Continental y el perfil de los delegados, véase Rakove, J. N., 2010, 31, 53-63; Beeman, R. R., 2013, 57-61, 173. Mi interpretación de la Asociación Continental y el sistema de comités está basada en registros publicados de los comités citados en este capítulo y en Breen, T. H., 2004, 325-329, y 2010, caps. 6, 7. Véase también Irvin, B. H., 2011, 28-51; Rakove, J. N., 1979, 50; Crary, C. S., 1973, 28; Lambert, R. S., 1987, 23; Marston, J. G., 1987, 103, 111; Beeman, R. R., *op. cit.*, 120-121. Las citas de la Asociación Continental de esta sección están tomadas de *JCC*, vol. I, 79.
4. Virginia tenía 1100 miembros en sus comités repartidos por 33 condados y 3 ayuntamientos a finales de 1774; otros 900 miembros servían en el territorio mucho menos poblado de Maryland, donde 11 condados de un total de 16 ya tenían comités en 1775. El tamaño de los comités era variable, de una media de alrededor de 20 hombres en Virginia, de unos 50 o 60 en la ciudad de Nueva York, y de 100 en Maryland. Véase Greene, J. P., Pole, J. R. (eds.), 2000, 219; Phillips, K., 2012, 261-262; Wellenreuther, H., 2006, 27, 43, y en 32-33 las citas de las resoluciones locales y provinciales; Breen, T. H., 2010, 200-201, 170, 185. Moody, J., 1783, 5.
5. La información sobre la demografía de los lealistas la he extraído de Jasanoff, M., 2011, 8. Véase también Crary, C. S., *op. cit.*, 3-4; Phillips, K., 1999, 168-232; Nelson, W. H., 1961, 61, 86, y *passim*; Hull, N. E. H., Hoffer, P. C., Allen, S. L., 1978, 344-366; Lynn, K. S., 1977. Deerfield: Merritt, B. G., 1970, 282; Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 242. El tema de la diversidad social del lealismo en Nueva York puede verse en Jasanoff, M., 2011, 33; Crary, C. S., *op. cit.*, 138-140; Chopra, R., 2011, 65-67.
6. La interpretación materialista: *Pennsylvania Evening Post*, 1 de junio de 1776. Véase en Rhoden, N. L., 2007, 205-238, la persistencia de esta interpretación. La ideología lealista se trata en Calhoon, R. M. with Barnes, T. M., Lord, D. C., Potter-MacKinnon, J., Weir, R. M., 1989; Bailyn, B., 1974; Ferling, J. E., 1977; Potter-MacKinnon, J., 1983; Chopra, R., 2011; Zimmer, A. Y., 1978; Jasanoff, M., 2011 (cita 24). Véase también Larkin, E., 2013, 294-295. La historiografía lealista carece de una síntesis moderna. Para orientarse acerca de la literatura sobre el tema, véanse el clásico Bailyn, B., 1974 (y su crítica en Bannister, J., Riordan, L., 2012b, 1-36); Calhoon, R. M. with Barnes, T. M., Lord, D. C., Potter-MacKinnon, J., Weir, R. M., 1989, con un ensayo bibliográfico en las págs. 216-227, el cual debe leerse junto con Calhoon, R. M., Barnes, T. M., Davis, R. S., 2010, que contiene un ensayo bibliográfico en las págs. 375-385; Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., Venables, R. W. (eds.), 2009; Brown, W., 1965. Gould, P., 2013, resalta la ambivalencia identitaria de los lealistas, y su sentimiento de pérdida y de verse desplazados. En cuanto a las experiencias de los lealistas en los contextos norteamericano, atlántico y global, véase Van Buskirk, J. L., 2002; O'Shaughnessy, A. J., 2000; Jasanoff, M., 2011; Taylor, A., 2006 y 2010; Bannister, J., Riordan, L. (eds.), 2012a.
7. Tiedemann, J. S., Fingerhut, E. R., 2009, 10, y en la misma colección, Fowler, D. J., 2009, 65. Los estudios acerca de la lealtad de los

- revolucionarios en muchas áreas sugieren la preexistencia de divisiones políticas, sociales y económicas que ayudaron a decantar las opciones de los individuos. El lealismo en el contexto local se ha estudiado, por ejemplo, en Chopra, R., 2011; Hast, A., 1982; Papas, P., 2007; Sparshott, C. J. M., 2007 [tesis doctoral]; Ranlet, P., 1986. Ofrecen análisis en términos de psicología individual y colectiva Lynn, K. S., 1977; Billias, G. A., 1973, 303-304; Hull, N. E. H., Hoffer, P. C., Allen, S. L., 1978, 344-366; Hoffman, R., 1973. Acerca de los lealistas negros, véase Walker, J. W. St. G., 1976; Norton, M. B., 1973, 402-426; Winks, R. W., 1971; Pybus, C., 2006; Schama, S., 2006.
8. Encontramos un análisis de las lealtades entremezcladas, inestables y maleables en una comunidad rural de Nueva York en Clark, J., 1984, 285-317. Acerca de los Franklin, véanse Skemp, S. L., 1990 y 1994; Chambers, S. C., Norling, L., 2008, 44-45. Sobre la familia Whitecuff: AO12/19/148-151; 13/56/628; Pybus, C., 2006, 27-28, 79; Hodges, G. R., 1999, 148.
  9. Ashton, R. J., 1973, 121-137, cita una carta de Morris a AH, de mayo de 1777, en la pág. 127. Adams: JA a Cushing, 15 de diciembre de 1780, en *RDC*, vol. IV, 195. Acerca de Morris, véase Kirschke, J. J., 2005, 30-31; Adams, W. H., 2003, 42-46, 67-68; Brookhiser, R., 2003, 23.
  10. Acerca de la escasez de registros supervivientes, véase Breen, T. H., *op. cit.*, 186; véase también en págs. 215-216 el fuerte impacto de los insultos y las humillaciones. Los procedimientos de los comités en Wellenreuther, H., 2006, 35, n. 85. «[...] una especie de infamia»: se cita en Schlesinger, A. M., 1958, 210, que lo toma de un artículo publicado en Pensilvania, Virginia, Rhode Island y Massachusetts en noviembre y diciembre de 1774.
  11. McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 14-15, 19, 23-24; Breen, T. H., *op. cit.*, 190-193. Acerca de otras localidades, véase también Wellenreuther, H., 2006, 29; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. II, 690, 897, 1551-1552. Tenemos ahora una penetrante reevaluación de las motivaciones de la Asociación en Thompson, P., 2015, que ve «base para preguntarse si en verdad la lógica disciplinaria de la Asociación tenía como objetivo la reintegración de los disidentes blancos echados a un lado y subordinados en sus propias comunidades» (156).
  12. Hast, A., 1982, 21; Phillips, K., 2012, 260, 270; Bowman, L., 1971b, 330-332; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1047. Acerca de Peggy Stewart: Calhoon, R. M., 1973, 145; *New Hampshire Gazette*, 20 de enero de 1775. Pueden encontrarse casos similares de embreado y emplumado en *Proceedings of the Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties*, 1929, 129.
  13. Sobre el té: Van Tyne, C. H., 1970, 16-17 («hierba pestilente» y también «café blanco»). Véase también Duane, W. (ed.), 1839, entrada del 1 de marzo de 1775 («funesta y detestada hierba»); *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 839 («vehículo funesto»). Acerca del simbolismo político del té, véase Breen, T. H., 2004, 305, 327. Sobre pasatiempos que ponían en peligro los valores republicanos, véase Withington, A. F., 1991, XV, 13-16, 245; Breen, T. H., 2010, 202-203; Irvin, B. H., 2011, 23-24, 30, 34, 48-50, 118-119, 121-123; *The Virginia Gazette*, 12 de julio de 1775; Bowman, L. G., *op. cit.*, 332; *Proceedings of the Committees of Safety of Caroline and Southampton Counties*, 1929, 151, 156; McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 3-4, 13-14, 20; Gerlach, L. R.

- (ed.), 1975a, 149-150; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1178. El poema se cita en Gould, P., 2013, 71. El lenguaje de opresión, terror e inquisición se ve en la carta de Henry Hulton a [Robert Nicholson], en Boston, el 21 de febrero de 1775, citada en Crary, C. S., *op. cit.*, 29-31, en 30; Potter-MacKinnon, J., 1983, 29; Seabury, S., 1930, 84-85; Suffolk, «Address to the Americans, Feb. 4, 1775», en *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. IV, 1211-1213; véase también *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1094-1096, 1230; vol. II, 238, 252. *Rivington's New York Gazetteer*, 30 de marzo de 1775; Gage a Barrington, 26 de junio de 1774, en Shy, J. W., 1978, vol. I, 115.
14. «[...] sin pensar»: DLAR 24/36/157 n. d. La familia Tice: cartas de la familia Tice interceptadas, carta de Christina a Gilbert Tice, en Johnstown, el 28 de octubre de 1775, Philip Schuyler Papers, Box 50, NYPL. Sobre delitos verbales, véase *Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776*, 352-353, 361, 364-365, 369; DLAR 24, rollo 36/168-171; Hunt, A., 1968, 106-107; Gilbert, G. A., 1899, 288-289, nota 1; Ferling, J. E., 2011, 256. Autores lealistas de panfletos, como Thomas Bradbury Chandler, denunciaron la «tiranía [de los rebeldes], no solo sobre las acciones, sino también sobre las palabras, los pensamientos y las voluntades» de los norteamericanos. Véase Chandler, T. B., 1775, 81. Véase también Steiner, B. E., 1972; Emerson, E. H. (ed.), 1977, 63; Vance, C. H. (ed.), 1930, 8, 19, 60-61, 85-87; Flick, A. C., 1970, 27-28. Podemos ver un ejemplo de correspondencia privada que acabó siendo del dominio público y que le costó a su autor su posición en su comunidad, además del sustento, en Harwell, R. B. (ed.), 1956, 32-36; Bowman, L. G., *op. cit.*, 328-339; Breen, T. H., *op. cit.*, 229-231; Thompson, P., 2015, 155-156.
15. Sobre la violencia prerrevolucionaria y las turbas, véase Lee, W. E., 2001, en especial, la parte I; Villers, D. H. [tesis doctoral], 1976, 160-161; Ferling, J. E., 2011, 16, 20, 26-27; Maier, P., 1970, 3-35; Schlesinger, A. M., 1955, 246. Mi visión de las turbas coloniales también descansa en Wood, G. S., 1966, 635-642; Breunig, M., 1998, 51-61; Gilje, P. A., 1987. *Connecticut Journal*, 30 de agosto de 1775; *Norwich Packet*, 27 de abril de 1775. «Vigilantes del pueblo»: *Connecticut Journal*, 30 de agosto de 1775.
16. «[...] repugnantes»: Calhoon, R. M., 1987, 350, que hace referencia a una circular del 9 de febrero de 1775. Comité de Cambridge: Ranlet, P., 1986, 157-158 (cita 157).
17. En la Inglaterra de la época se marcaba con una letra «V» a los vagabundos, con la letra «S» a los convictos por sedición, etc. Grabar a fuego el emblema real en la cabeza de alguien a quien se expulsaba de la comunidad era una forma de subvertir los símbolos del orden político anterior. Villers, D. H., *op. cit.*, 168; Hunt, A., 1968; Crary, C. S., *op. cit.*, 57, contienen más referencias. «[...] todo este ganado»: carta del coronel Woodford a la Convención de Virginia, *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. IV, 244-245 (cita 244), 346. Van Tyne, C. H., 1970, 61, 79; Chopra, R., 2011, 32.
18. Wellenreuther, H., 2006, 35, n. 84; *Connecticut Courant*, 12 de septiembre de 1774. «[...] sedientos de»: Daniel Oliver al coronel Ruggles, en Hardwick, el 19 de agosto de 1774, Bancroft 92/17. Acerca de la violencia sufrida por los concejales *mandamus* y la forma en que intentaron evitarla, véase también Sabine, L., 1864, vol. II, 708; Calhoon, R. M., 1973, 277-278; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 762, 1260-1263; carta anónima a

- [Thomas y John Fleet], 19 de diciembre de 1774, Schoff Revolutionary War Collection, WLCL; extracto de una carta de Gage a Dartmouth, en Boston, el 2 de septiembre de 1774, Shelburne Papers 66/369-72, WLCL.
- Trumbull, J., 1776, Canto III, 493-494. Sobre Dunbar: Winsor, J., 1849, 140; *Gazetteer* [Londres], 8 de junio de 1775; Allen, T. B., 2010, 25-26.
19. Acerca de Bebee [o Beiby], véase Adair, D., Schultz, J. A. (eds.), *op. cit.*, 157. Véase también *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 787; York, N. L., 2010b, 179. Tenemos un caso sucedido en Virginia en Irvin, B. H., 2003, 234. En cuanto a la práctica de atacar viviendas como «una expresión de violencia simbólica planificada» véase St. George, R. B., 1998, cap. 3 (cita 293). Withington, A. F., 1991, 229-234 (cita 229).
20. A pesar de mi opinión divergente acerca del papel de la coerción y la violencia, resulta obvio que me baso en gran medida en el importante trabajo de Breen, T. H., *op. cit.* (cita 186); véase también págs. 164, 185-186, 207, 212-214. En la pág. 208, T. H. Breen se refiere a «excepciones desagradables» que no deberían «ocultar los grandes logros de estos cuerpos revolucionarios». Véase también Withington, A. F., 1991, 222-225, 244, sobre el «grado limitado de la violencia civil» (244). Para Higginbotham, D., 1971, 278, lo más «notable del tratamiento de los lealistas fue su relativa suavidad, no su gravedad». Bowman, L. G., *op. cit.*, 337, subraya la «efectiva prevención de la violencia» de los comités. Beeman, R. R., *op. cit.*, que ignora casi por completo a los lealistas, opina: «En algunas ocasiones los comités locales mostrarían un celo excesivo en el desempeño de sus deberes coercitivos» (174); véase también 190. En cuanto a mi interpretación, véase también el excelente Thompson, P., 2015, que contiene una sabia crítica de Breen, T. H., *et al.* en 149-150; Isaac, R., 1976, 372.
21. «[...] orangutanes»: *Pennsylvania Evening Post*, 7 de septiembre de 1776. «[...] reptiles»: TNA, CO5/122/118-119.
22. Un comité de New Milford, Connecticut, calificó a dos lealistas de «animales despreciables»; véase Villers, D. H., *op. cit.*, 207. «[...] cosas cuya cabeza»: *New-York Journal*, 9 de febrero de 1775. «Buitres»: *Newport Mercury*, 27 de mayo de 1776. Washington hablaba de los lealistas como «esos execrables parricidas, cuyos consejos y ayuda han anegado este país de sangre». No se detenía ahí: «Uno o dos han hecho lo que gran número de ellos debía haber hecho hace mucho tiempo, suicidarse». GW a John Augustine Washington, el 31 de marzo de 1776. Washington quería «arrancar o prevenir esas abominables plagas de la sociedad», como vemos citado en Kwasny, M. V., 1996, 47. Según el gobernador William Livingston, un *tory* era un «animal incorregible» que había que matar. Citado en Kwasny, M. V., 1996, 183. Otros patriotas situados en puestos menos importantes empleaban un lenguaje similar: *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. III, 823-824; Stokes, I. N. P., 1967, vol. IV, 874; carta del Comité del Condado de Monmouth, Nueva Jersey, al Comité de Correspondencia de Boston [Boston Committee of Correspondence], [c. mayo] 1774, Boston Committee of Correspondence, Box 3, NYPL. Definición de los patriotas tomada de cita en Brown, R. M., 1983, 107.
23. Curwen, S., 1842, 25-26, 29-30, 58-59. Acerca de las vivencias de los lealistas exiliados por todo el mundo, véase Jasanoff, M., 2011.
24. Nueva York: el memorial de Wetherhead de 1783 se cita en Crary, C. S., *op. cit.*, 44-47, en 45-46. Véase también Jones, T., 1879, vol. I, 40; Stokes,



- I. N. P., 1967, vol. IV, 882. El vicegobernador Cadwallader Colden a Dartmouth, el 3 de mayo de 1775, en *NYCD*, vol. VIII, 571; Richard Yates a John Sargent, Nueva York, el 1 de mayo de 1775 [extracto], Dartmouth MSS, II/1240. En cuanto a los temores patriotas por los «planes infernales» y el «horrible complot» de los lealistas, véase Villers, D. H., *op. cit.*, 141, 147, 373; Larned, E. D., 1899, 116-118. Virginia: *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. III, 823.
25. Copeland, D. A., 2000, 227, 233-234. «[...] machacar»: *Rivington's New-York Gazetteer*, 22 de diciembre de 1774. *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. II, 132, 12. «[...] inglés»: Sabine, L., 1864, vol. II, 217. Órdenes de boicot: *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. I, 1051, 1240; vol. II, 1106; Schlesinger, A. M., 1958, 225; véanse más generalidades en *ibid.*, 222-226; «miserable» y otros maltratos verbales citados en 225. Amenazas y palizas: Burns, E., 2006, 180. Acerca de este relato, véase también Breen, T. H., 2010, 233-234.
26. Schlesinger, A. M., *op. cit.*, 19-20; Potter-MacKinnon, J., 1983, 30; Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 98; Irvin, B. H., 2011, 69; Ferling, J. E., 2011, 256.
27. Petición de Rivington al Congreso, el 20 de mayo de 1775, en *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. II, 836-837. Rivington volvería más tarde, con nuevas imprentas y con el cargo de impresor del rey, a publicar la *Rivington's New York Loyal Gazette* (después mudada en *The Royal Gazette*) en el Nueva York ocupado por los británicos. Acerca de la destrucción de la imprenta de William Goddard en 1777, véase W. Goddard, *Memorial to the Committee of Grievances, Maryland House of Delegates, Mar. 28, 1777*, en Misc. Collections, U. S. States and Territories, Box 7, Maryland, NYPL. Véase Ward, H. M., 1999, 59-65, acerca de las restricciones a la libertad de prensa y la violencia contra la prensa.
28. Sobre las redes de clérigos, véase, p. ej., la carta del reverendo Henry Caner al arzobispo de Londres del 16 de agosto de 1775, citada en Crary, C. S., *op. cit.*, 93. Acerca de la asociación y los que no firmaban, véase *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. III, 141-142. Dibblee: Crary, C. S., *op. cit.*, 107-108. Mansfield: Mansfield al reverendo Samuel Peters, 12 de enero de 1776, citada en Crary, C. S., *op. cit.*, 103; Gilbert, G. A., *op. cit.*, 277. Beach: Gilbert, G. A., *op. cit.*, 279 (cita); Crary, C. S., *op. cit.*, 106-107. En cuanto a otros casos más allá de Connecticut, véase la introducción a Calhoun, R. M., Barnes, T. M., Rawlyk, G. A. (eds.), 1994, 3; Villers, D. H., *op. cit.*, 165-166; Bartlet, W. S. (ed.), 1853, 105; Ross, J. M., 1975; Jacob Bailey a «Estimado señor», el 1 de marzo de 1775, Jacob Bailey Papers, LOC; Jasanoff, M., 2011, 6-7; AO12/6/47-53, 42/1-6; 13/71A/248-255.
29. «[...] mopa llena»: Peters, S., 1781, citado en Crary, C. S., *op. cit.*, 91. Acerca de Roberts: Irvin, B. H., 2003, 237. Varios clérigos más murieron por abusos o por las duras condiciones de su prisión: Luke Babcock de Philipse Manor y Ebenezer Kneeland de Stratford, Connecticut (ambos en 1777); Thomas Barton de York County, Pensilvania (1780). Véase también Ranlet, P., 1986, 159; Crary, C. S., *op. cit.*, 88, 187; *Gazetteer y Daily Advertiser*, 30 de diciembre de 1776; Pond, E. L., 1909, 19.
30. Sobre Oaths: John McKesson, secretario del Congreso Provincial de Nueva York [New York Provincial Congress], correspondencia de 1775-1779, DLAR, Force Papers 7E, [rollo 17] ítem 74; *Minutes of the Committee of Safety of Bucks County, Pennsylvania, 1774-1776*, 361; Calhoun, R. M.,

- 1987, 58-59; Breen, T. H., 2010, 237-239; Van Tyne, C. H., 1970, 219; Jones, E. A., 1927, 54-55; Moore, C., 1994, 77; AO12/10/131. Cartas del capitán Bowater al conde de Denbigh, el 5 y 11 de junio de 1777, en Balderston, M., Syrett, D. (eds.), 1975, 131. Las milicias: McEachern, L. H., Williams, I. M., Safety Committee (eds.), 1974, 31-32, 40; Neimeyer, C. P., 2007; Breen, T. H., *op. cit.*, 239; Breunig, M., 1998, 71-76.
31. Kim, S. B., 1993, 873-875. «[...] al vecindario»: citado en Hoerder, D., 1977, 303.
32. Acerca de Brown, véase Picuch, J., 2008, 46, 57-59; Jasanoff, M., 2011, 23-25; Cashin, E. J., 1999, 27-29. «[...] como un becerro»: Davis, R. S., Jr., 1997, 126. En torno a las asociaciones lealistas de Connecticut en 1775, véase, p. ej., AO12/1/172-173, 214-215; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1202, 1210, 1258-1260. Villers, D. H., *op. cit.*, 207; *Id.* 1994, 19; Yale University MS, MS 674, American Revolutionary Collection. En cuanto a juramentos similares en otras colonias, véase Loyalist Association, Maryland, Dec. 8, 1775, BHQP 88; Grout, J., 1775 (Évans 49293); Berkin, C., 1974, 107; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1164; «A Jersey farmer proposes a Loyalist Association, January 26, 1775» en Gerlach, L. R. (ed.), 1975b, 114-115.
33. Acerca de la distribución demográfica regional, étnica y socioeconómica del lealismo, véase Ward, H. M., *op. cit.*, 36-37; Nelson, W. H., 1958, 131; Middlekauff, R., 2007, 564-565.
34. La cita de Schaw tomada de Crary, C. S., *op. cit.*, 61; véase también Breen, T. H., *op. cit.* 187-188, 193-197.
35. Sobre el papel de las mujeres y su estatus político, véase Kerber, L. K., 1980 y 1990; Berkin, C., 2005; Gundersen, J. R., 2006; Bradburn, D., 2009, 58; Jones, E. A., 1927, 238-239; Crary, C. S., *op. cit.*, 78-80. Pueden consultarse ejemplos de mujeres expulsadas de sus hogares en AO12/38/403-415, 40/222, a los que se hace referencia en Knouff, G. T., 2010, 335. Véase también AO12/24/118, 76/145, 89/16, 90/3, 101/114, 109/268; 13/9/183-hasta el final, 70B/363-366, 83/427-430, 94/338-345.
36. «[...] dar con nosotros ejemplo»: diario manuscrito de un oficial lealista escocés de las Tierras Altas que sirvió en Carolina del Norte, cuyo nombre se desconoce, y que participó en la batalla del Puente de Moore's Creek y fue hecho prisionero de guerra [febrero de 1776], Clinton Papers 14/32. Crary, C. S., *op. cit.*, 208; Potter-Mackinnon, J., 1993, 38; Brown, R. M., 1983, 107-108; Johnson, W. T., 1941. Acerca del título de esta sección, véase Anburey, T., 1969, vol. II, 303.
37. Citado en Crary, C. S., *op. cit.*, 202-203. Acerca del encarcelamiento de John Champneys en Charleston y su posterior destierro, véase Picuch, J., 2008, 57.
38. Willard: *Connecticut Journal*, 9 de septiembre de 1774; York, N. L., 2010b, 178. En aquella ocasión, un espectador de los hechos que se mostró crítico fue también embreado y emplumado. Tenemos otros ejemplos de amenazas de sufrir prisión en las minas en *Gazetteer and New Daily Advertiser*, el 8 de junio de 1775; *Am. Arch.*, 4.<sup>a</sup> serie, vol. I, 1262. La prensa británica («[...] los lealistas son»): *English Chronicle*, 27-30 de julio de 1782; *London Chronicle*, 27-30 de julio de 1782. Visitante inglés: Kendall, E. A., 1809, vol. I, 210.

39. *New-York Mirror*, vol. I, n.º 33 (13 de marzo de 1824), 257-258. Justo antes de la guerra, la asamblea de Connecticut había adquirido la mina para usarla como prisión colonial improvisada; pronto se ganó el apodo de la Newgate de Connecticut, evocando la tristemente célebre prisión de la capital británica. *New-York Journal*, 1 de enero de 1773; *Providence Gazette*, 15 de enero de 1774.
40. La descripción física está tomada sobre todo de «Account of the escape of Ebenezer Hathaway and Thomas Smith», publicado en la *Rivington Royal Gazette* el 9 de junio de 1781; Crary, C. S., *op. cit.*, 218. Véase también Caron, D. R., 2006, 72-73. Encontramos referencias en la prensa británica en *London Chronicle*, el 17-19 de julio de 1781; *Morning Chronicle*, el 20 de julio de 1781.
41. *Boston Post-Boy*, 21 de noviembre de 1774; *Connecticut Journal*, 30 de agosto de 1775.
42. Sentencias judiciales: *Connecticut Journal*, 3 de noviembre de 1774; *Norwich Packet*, 31 de marzo al 7 de abril de 1774; *Massachusetts Gazette*, 15 de abril de 1774; *Essex Gazette*, 19 de abril de 1774, *Boston Post-Boy*, 21 de noviembre de 1774; *Am. Arch.*, 5.ª serie, vol. I, 43. Véase también *Connecticut Courant*, 6 de septiembre de 1790; *Rhode-Island American*, 10 de abril de 1822. En cuanto a Washington, véase GW al Comité de Symsbury, 11 de diciembre de 1775; *Am. Arch.*, 4.ª serie, vol. IV, 235-236, 376. Cohen, S. S. (ed.), 1990, 150.
43. Crary, C. S., *op. cit.*, 216; Egleston, N. H., 1886, 325; *Kansas City Star*, 17 de junio de 1906 (cita).
44. «[...] vapor»: Kendall, E. A., 1809, vol. I, 212. Ver también *Connecticut Mirror*, 6 de agosto de 1831; Egleston, N. H., *op. cit.*, 322.
45. «[...] impartiendo»: Caron, D. R., *op. cit.*, 73. Peters, S. 1781, 175-176.
46. Caron, D. R., *op. cit.*, 73; Peters, S., *op. cit.*, 175-176. «[...] absoluto aislamiento»: Egleston, N. H., *op. cit.*, 325.
47. Intentos de huida: *Connecticut Courant*, 12 al 19 de abril y 26 de abril al 3 de mayo de 1774, 18 de diciembre de 1775; *Connecticut Journal*, 12 de febrero de 1774; Egleston, N. H., *op. cit.*, 330; Phelps, R. H., 1876, 33-39. Los periódicos alertaban a sus lectores de las huidas de las prisiones y de las recompensas por la captura de los escapados: *Connecticut Gazette*, 21 de enero de 1774; *Essex Gazette*, 25 de enero al 1 de febrero de 1774; *Connecticut Courant*, 3 al 10 de mayo de 1774, 4 de septiembre de 1775, 2 y 9 de diciembre de 1776, 24 de febrero de 1777.
48. «[...] los prisioneros en esta cárcel» y «disposición feroz»: Kendall, E. A., *op. cit.*, vol. I, 215. Sobre muertes: *Kansas City Star*, 17 de junio de 1906; Caron, C. S., *op. cit.*, 75.
49. Lord Campbell a Dartmouth, en Charleston, 19 de julio de 1775 [extractos], BHQP 19; Larkin, E., 2013, 291; Mason, K., 2012, 45-48.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



## «Implacable... un magnífico libro»

*The Economist*

---

La idea que nos ha sido legada de la independencia de Estados Unidos es la de una rebelión contenida, justa y sujeta a unos cauces ordenados, protagonizada por patriotas en defensa de sus nobles ideales frente a un imperio opresor que gozaba del monopolio de la violencia, un relato inspirador y estimulante que los fundadores hicieron todo lo posible por alimentar tras la guerra. Sin embargo, como el historiador Holger Hoock muestra en esta exhaustivamente documentada y bellamente escrita crónica del nacimiento de los Estados Unidos, la revolución no fue solo una batalla en la que dirimir principios morales, también fue una desgarradora y encarnizada guerra civil que dio forma a la nación de maneras que tan solo hemos empezado a vislumbrar.

*Las cicatrices de la independencia* desmonta el relato tradicional de la revolución, blanqueado a lo largo de los siglos, para trazar una descarnada historia de violencia en la que los patriotas americanos persiguieron y torturaron lealistas; en la que los casacas rojas británicas masacraron enemigos y violaron mujeres; en la que los prisioneros eran dejados morir de hambre en barcos infestados y en celdas subterráneas; en la que los afroamericanos que lucharon a favor o en contra de la independencia sufrieron de forma desproporcionada; en la que Washington emprendió una guerra genocida contra los iroqueses...

Una historia tan honesta como incómoda sobre las tensiones inherentes entre los propósitos morales y las tendencias violentas de la América de ayer, de las cuales son herederos los Estados Unidos de hoy, y un recordatorio de que las naciones rara vez se forjan sin derramamiento de sangre.

---

**2018 - Premio de la National Society of  
the Daughters of the American Revolution  
Excellence in American History**

ISBN: 978-84-122213-1-2



P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA  
DE AMÉRICA**